FRANCISCO MADARIAGA

EL TREN CASI FLUVIAL

Obra reunida

Fondo de Cultura Económica
México - Buenos Aires

Primera edición, 1987

D. R. © 1987, Fondo de Cultura Económica
Suipacha 617, 1008 Buenos Aires

ISBN: 950-557-024-4

Impreso en Argentina

A
Telo Castiñeira de Dios

In memoriam
Alfredo Martínez Howard
y Carlos Latorre

SEIS POEMAS DE ADOLESCENCIA

1942 - 1947

Velero blanco

Voy en pos de la forma de un velero
rápido y blanco. Como un canto nuevo
se aproxima a mi cita.
Un ventisquero lo persigue amoroso.
Hialino el canto de la fría muchacha
suena como un murmullo de flores
brillantes.
Vagorosa espuma de la orilla:
jabón de potrillo arisco y melenudo
viviendo clara nostalgia
se revuelve en el golfo del placer marino,
siempre puro y gelatino.
Un sabio entona su canción de hierro
y moja sus dientes azules en el agua
salada:
pobre hombre calvo, formulario y triste,
no ama a mi velero elegante y solitario
entre un puñal de temerarias ráfagas
luminosas.
Voy en pos de la forma de un velero,
y la muchacha lo ama tanto como el frío
ama sus pómulos amarillos.

1942

El niño va a las landas

Siento que de mi pecho nace un poema blanco
con facciones demacradas de niño enfermo
que encierra timideces y dolores extraños.
Ay, seguidle en su ruta vagando por la niebla
inconsciente de auroras y crepúsculos cárdenos
El niño va a las landas y a los médanos tristes
buscando las antiguas sensaciones del agua.
Oh emoción la marina, húmedos paisajes
que se mueren gozando su eterna soledad.
Oh aprendices marinos, que vais a las arenas
con pasos de gigantes, y encontráis en la inercia
de la piedra, un aliento de célula de verdoso poema
que convida a las almas a sumirse en las olas
y volver a la playa con la capa musgosa
a compartir la inercia y el alma de la roca.
Siento que ya en mi pecho desvanece el poema,
oh marido de niebla del alma de la roca,
duerme ya tú cual ella tremenda soledad,
tu caricia no alcanza a abrazar su cintura,
tus dedos enloquecen con antojos de musgo
y eres el de siempre: aprendiz de gigantes pasos
y arena en los ojos.

1942

La choza

Ruega Bruja por mí,
siento que el color arroja su fuerza,
el gallo es más sonoro que yo
y el mediodía me dibuja a Dios.
En la fiebre de las urdimbres temblorosas
el bosque me penetra en la humedad:
¡es tan celeste en su interior el bosque!
La muerte, los colores y el amor
tejen entre las ramas algo mío,
el cuerpo transpirado
y el paisaje azul del derruido
concierto tembloroso entre las ramas
huyen de mi silencio, yo ya vivo
amamantando nubes, embriagando muertes,
dueño del pastoral redondo de la luna.
Bruja, bruja, sueña conmigo,
deja el humo de tu choza incolora,
las arañas cuelgan sus arpas en el aire:
¡te está llamando a ti toda esa música!

1943

El bosque

Hermanado con el frío.
Oh este frío de los bosques,
suave y rojo frío,
tan rojo como el pelo de la niña paisana
que mira al viajero con brillos de cristal muerto:
¡toda llena de pecas la nariz colorada!
Voy en busca de la Dama
que envuelta en paños níveos
vive alegre como un cuento de pastor serenado
junto al tronco del árbol liso y juvenil.
Allí viene danzando su nostalgia arrugada
el viejecito que aún ríe con su risa metálica
apretada la boca cuando cuenta su cuento.

La muchacha de siempre de pecas desligadas.
¿Por qué corre mi trineo? ¿Por qué mis perros ladran,
y el fuego de sus ojos quema las húmedas rayas
que dejaron los minúsculos zapatos de los
nocturnos desatinos de mi Dama?
Oh caminos nevados: el pecho descubierto
echarme boca abajo y romperme los labios
abriendo con los dientes un rastro de rastrillo
a tus frías alfombras abrazado
vertiginosamente buscar el abismo
más allá de los hielos y de los grandes árboles
porque mi Dama huye llorando, llorando.
¡Cómo se enreda toda en sus vestidos largos!
y huye cómicamente, y me señala la carroza vacía
pues sabe que soy débil,
convalesciente
y puedo morirme de frío
separado de sus manos
de nervios desidiosos y ocultos.

Más allá de los hielos caminos nevados,
de la niña pecosa, del pastor serenado,
de los perros rabiosos
del árbol juvenil,
del amor, del poema del puro refugio,
la seguiré queriendo,
la seguiré corriendo,
la mataré cantando
y me mataré ya muerto
con las manos heladas
los ojos desreinados
con el pecho sangriento.

1943

La profesora de química

Un aire de cedros verdes sobre las casas amarillas,
un sol de nieve de leche, ácidos y profesores de
química:
está tan cáustico el aire entre las tablas del
gabinete,
oh el zinc marrón hierro de las primeras casas
y los cedros encerrados entre paredes amarillas,
y mi sed sobre el aire y ese leve sol de agua pálida,
las municipalidades amarillas, el viento eterno entre
los árboles,
y la profesora amarga de treinta y cinco años duros
pero hermosos:
ojos nublados por un azul de laboratorios y oscuras
prácticas,
sigue siendo la misma causticidad de labios duros,
y el vestido marrón ceñido de brillante madurez,
tan concentrada en tantos pálidos estudiantes de
voces mediocres e infantiles.
Oh los dedos hermosos de ácidos y cristales y
combustibles
que arden con colores rabiosos y tristes como yo
cuando la miro tan diluida, dura, hermosa;
ardiente, acaso, y dulce, en su lejano domicilio.

1945

Las bahías hundidas

Las bahías hundidas donde aprendo la noche
y el alba se detiene, se deshiela, se asombra,
donde la sangre humana humea de belleza
y el corazón se inunda del clima que lo goza.

Oh ese infinito rojo, murallas destrozadas,
con suave caricia de sombra en los colores,
desciendo por las gradas teatrales del tiempo
de los climas exactos: negros, vinos, vapores.

Interminable llanto, hombre del paisaje
de subsuelo encendido, viajando entre joyas,
con las manos atadas al asombro del tiempo,
llameante de lágrimas humanas y lujosas.

Oh bahías, paisajes, túnicas de colores,
oh climas descendidos, oh fuegos de silencio,
brota en mi corazón una ebriedad de lágrimas
arrodilladas para cantar a un nuevo tiempo.

1947

EL PEQUEÑO PATÍBULO

1954

A mi padre

Amanecer fluvial

Nuestro amargo subtropical melancólico con
boca de serpiente canta en el embarazo
de los ríos.
Ponedle una flor de agua a su veneno,
a su circulación maldita y pequeña,
a su labor de vendedor de bananas a la orilla
del río diario de azúcar de sífilis de
sonido.

La selva liviana

1

El sonido de un tren que se ahoga en la
catarata de las hojas.
Al fondo de la selva liviana y los cocoteros
se hunde el nivel de llanto,
el peso entero de los sueños.
Peso entero del saco de perfume de la gracia,
estoy entre la espada del paisaje y el
ladrillo caliente del olvido,
viajando con un ardor de joya y sangre.
Escuchando el aullido de mi candor: mi nueva
fiesta.

2

A paladas silbatos.
El tren se encierra en sí al borde de los
esteros nocturnos.
Su polvo ciudadano tiene miedo a la gran
humedad de la tierra,
al aire cálidamente eléctrico,
a los cisnes del negro vapor nocturno de la
herida del mundo.

3

La imaginación arde envuelta en las ruedas
de un tren desorientado.
Bananas y bananas caen al aire.
Una mujer desnuda a una escopeta en un templo,
roe lentamente en el anillo de su corazón.
Frutera de la desgracia, frutera del destino.

Rehén de la colina

1

Oh candoroso embriagado entre loros,
entre isletas subiendo hasta el nivel de la
colina,
canta en tu boca el canto ardiente de otra boca,
y cuando la sangre sube hasta tus ojos es
porque están quebradas todas las fulguraciones
del sollozo en tu pecho.
Canta, viejo rehén de la colina.
Arde, candoroso de alcohol negro, que con palmas
salvajes tienen hijos que retornan al viento,
al gemido del clima en el olor áspero y cruel de
las arañas del estero,
en aquel paisaje de cristal desprendido del fuego.

2

Asombra al mundo en un paisaje de enero,
oh demente,
oh luz de la humedad.
Ah colgado sediento de unos ojos,
duerme, duerme bajo la luz del padre al otro
extremo del poder y la delicadeza.
En tus ojos la berlina del viaje amarillo arde
helada.
Beso tras beso el pasajero toca la raya de ácido
caliente del retorno.
Sé piadoso con el otro límite de tu fragilidad,
padre aletargado por el sol,
presión de la locura de una tierra suspendida en
la tela del agua y del fuego.

El riesgo de la verdad

Caes en mí como una brusca levedad del clima,
del agua,
de una oblicua y desterrada colina,
castigo delicado de un paisaje solamente hollado
por su propia demencia.
Mi desnudez asume así tu cálido cristal
y se destina más al fondo del celo
con piel sonriente candente de tu herida.
Adorada mía tapizada de rayos,
con tu colina bajando todas las aguas de la
locura.
Niña mía, con la boca cargada del esplendor del
plátano, alguien, alguien tiene que depender
del canto.

Lágrimas de un mono

Yo quiero cautivar tu desesperación, oh mono
adiós.
Tiemblas tanto en tus islas negras, oh mono
adiós.
En los embarcaderos el color encendido en tus
ojos tiene tanta fe.
Oh mono, retén el equilibrio de tu asombro.
Yo ya tiemblo en tus islas, mono adiós.
Tu odio virginal es idéntico a cuando se cruza
mi alma con el mundo.

Cenit con reportaje

Carruaje celeste de la cuadrilla del sol
se derrumba en las laderas calientes.
Con un don infernal de encanto y de sonido
lloras entre los hombres tu desacuerdo
con el lenguaje,
con el manantial de luz diaria herida
que el hombre pobre reparte entre
sus hijos.

Pasajera mulata

Mulata, lo radioso está totalmente entregado
al movimiento.
Amor es tu piel de pus de vidrio repartiendo
los dones calientes de la vida,
dando a cada hombre su parte,
a cada mundo su parte.

El tren marítimo

El horizonte con el astro volteado como un
viejo padrillo entre las rosas.
Mi piel de fantasma atormentado por tanta
madurez.
Mi sed de carozo astral donde desangran los
tesoros del mar y de la tierra.

Turistas

Ella es como el cautiverio de una gran
perla con gran pánico.
Y ese campesino formidable e imbécil que
la acompaña, con cierto hedor lejano
de radiante lepra.
Mala suerte redonda y letal de esta enorme
mujer donde se aspira la criatura y el
diamante.

Plaza de viajeros

1

Y dominemos.
Las aventureras tiemblan junto a los
carruajes.
Enderecemos nuestras esclavas hacia el
candor.
Están apostadas como leves mujeres hienas
contra las ruedas de septiembre
y parecen estar corrompiendo el pudor de
un pasajero de alto rango,
un caballero blanco en sus anillos y en
sus ojos.

2

Después de muchos días de ausencia quiere
volver a corromper el mundo.
Iniciemos otra vez mi antiguo hombre,
otra vez a mi amor.
Otra vez el que cambiaba segundo a segundo.
Una manera de amar me sacude la belleza.

Limpiamente destituido del fuego,
alúmbrame, alúmbrame obrera
del día.
Entre los animales y los hombres,
debajo de éstos paraguas para
el sol, me estremece el ladrillo.
¡Y estos que me limitan y hacen pequeño
el canto!

Fuera de horario

1

Las máquinas del transporte automotor se desnivelan
en mi alma
y tú tienes que corromperlas con tu gracia.
Guitarrera dormida en los planteles junto a mi
ventana, acostúmbrate a que quiero viajar
siempre con el origen del amor en mi pecho,
junto a la tolerable delicadeza terrestre de los
trenes.

2

El ejercicio lejano de los resplandores de los
trenes,
una equivocación del puro deseo entre la niebla.
Tarda en caer cantando el último tranvía de la
noche.
Ah ciudad de locura gastada, la pequeña ramera
aún necesita de la aurora perfecta.
Y yo espero con mi manantial de ácidos de sol.

Los juegos de la playa

Una juventud huía alegre hacia los campos
de gracia.
Inútil hubiera sido corresponder a esa
hermosura sin intentar esa lascivia
con un agua encendida en las paredes
del alma,
con una veloz carrera de soldado hacia las
márgenes del mar.
Y un envilecimiento radiante del deseo.

Turista débil

Última pasajera atravesando el puente moderno
de la tierra a la sombra,
con sombrilla de té de atardecer.

Los peldaños infinitos

Allí, junto a la escalera sin edades,
rompiente para cualquier cultura ardiente
de los pechos,
tú, incrustada en el ataúd de los
relámpagos.
Triste suerte de mi alma frente a esta
larga aparecida.

A UN POETA Y AMANTE OFICIAL

Le digo a una mujer que se estremezca ante dios
como ante una culebra en el amanecer.
Que sienta que la Ley es como un vestido viejo
ceñido por cobardes alrededor de su cintura.
Tejido dedicado de la miseria.
Mosquitero de la sangre obediente contra las
deidades dulces de un trópico de carne,
vidrio y ocio.
Cristal de la comedia contra los alaridos de los
puros.
Traidor a la delicadeza del instinto.
Pretendiente abolido del diamante principado del
arte.

La bella y sociedad

1

¿Por siempre ya la bella criatura destrozará mi
suerte con sonidos sentimentales?
Oh tribu cobarde en el corazón del mundo,
qué largamente permitido el exceso en mi
corazón.
Yo, por siempre, ya más en ti, electricidad inocente
del año,
barrido por la memoria de lo puro,
frente a una gran corriente de besos en el pánico
a veces tan ridículo de las criaturas,
o minuto a minuto liquidando nuestra gracia de
tormenta.

2

Graciosa mía, tiernísima apostada contra
el verano sordo,
ofréceme en tu pecho un bello hilo de fuego
para grabar mi historia sagrada.

Amigos peligrosos

¿Y cómo no adoráis a esos hombrecitos que
enloquecen de andrajos al final de sus años?
Demonios de los cristales, con la baba celeste
de la demencia en el cerebro.
Kleist, Hölderlin, sentáos mis amigos al borde
del calor de verano sonriente de mi cama, en
mi habitación de luz color de ojos de can
colérico al borde del pantano.
Mi habitación con el perfume de la luz.

El viaje del lobo

Un lobo transporta un pedazo de amor muerto,
lleva en uno de sus ojos acostada también a
la amada.
¿Será porque cuando es tarde ella se pudre
también en lo extático?
¿o porque el viaje es tiernamente bello en los
ojos del lobo?
Ah, lobo, sentado como un señor de ojos de fuego
en la berlina,
corrompe con tus pupilas la espalda jorobada del
postillón que babea.
Una bella santa y bárbara en la colina despide a
una idea,
con los caballos del recuerdo arranca hacia la
perfección de la tierra,
las ruedas giran dirigidas por la caridad de estos
seres de infierno.
Postillón, oh hermano de su casa, ah perro que
boquea la peste del desamor entre sollozos.
Ah lobo de pecho raso, dirígelos con la ternura
de tus dientes.
La criatura ha combatido todo el año con sus
vestidos que se pudren.

Arte poética

No podríamos sostenernos con esta piel y este
polvo gemebundo, guitarrera de grandes
desgracias.
Solo no hay trampa para la orden de hacer fuego
hasta que todo arda.
Los puentes están artillados y solo los cruzan
caballeros blancos vestidos con el aire de
un muerto que posee la victoria final.
Totalmente entorpecidos por la belleza de su
sangre.

El verdadero país

¿Es otra la alegría?
Por las veredas ardientes de pronto me estremezco
de mi armonía en este instante.
¿Qué atentado lúgubre arroja al equilibrio de su
claro destino?
¿Qué mecánica de orden inclemente y perfecto
sonido, qué irrupción metálica de golpe
nos devuelve a la sombra de las canallas
herencias de sol negro?
Tiembla el asilo de la vida.
Virtuoso bebedor del agua del diamante, tiéndete
a bramar contra el enorme globo rojo de la
idea.
Ese tambor de sangre es tu país.

El pequeño patíbulo

Ten el valor perfecto de tu gracia, criatura
para errar con tu alegría al fondo del
orgullo,
con el valor del júbilo sordo para mirar a lo
perdido
cuando ya se ha cruzado en la memoria el pequeño
patíbulo vibrando para la suerte de onza
de odio del encaminado.

LAS JAULAS DEL SOL

1960

A Oliverio Girondo

El rayo timonea el Universo
Heráklito

Los viajes reales

Sólo los amores podían reclinarme sobre su propio
arpegio real de inocencia y de incendio.

Los fuegos de las graciosas tristísimas cuyo rostro
se enciende y se apaga a la entrada de los túneles
con puertas de manzanos.

Rieles borrados

Uno de esos grandes trenes cargueros abrazados por
las lonas, vomitando un celeste desequilibrio.

Un tren que se sepulta cuando ama los terrosos países,
corre por las orillas del invierno en verano.

Esta jaula de gritos que arde y se entierra en las colinas
con su propio valor de viajero cautivado por la vida,
y sobre todo, arrasa como nosotros: arrollado
en su espalda con sus gritos tristísimos.

Las cosas tienen un mulato carnero que las araña
y las transforma.

Tienen un santo salido de un pantano que nos ahorca
en los amaneceres de la sed.

He aquí la trampa que ha gozado de la Ley,
la baba de la trampa, el esplendor
del aullido, los ignorantes arrodillados
en el amor, los ángeles de la codicia
del lecho ajeno, el lecho de dioses.

Trampa, trampa, te pido mi cabeza.

El amor es continuo

Lo tierno es pesado y te hace llegar hasta el aullido,
hasta la piedra loca de la hermandad del amor
que adorabas en la tierra de tu infancia.

Atareando mujeres, trabajando hasta muy tarde en
los lechos de la construcción y del encanto.

El amor es continuo y el viento lo despierta y lo adora
con sus hombres hasta la tierra de la salvación
y el infinito.

La tentación y el agua

La yegua sagrada, levantada por el fuego central
levantada por el celo del agua, el esplendor
de los cabellos, la boca ensangrentada.

Un golpe de saliva barajada se dispersa por su sangre
y sólo tiembla frente a los captadores del día.

Esta bestia, este virgo de mariposas y mareas, provoca,
sin dolor, al aire reo del corazón que es el aliento
de los vivos.

Arte poética

¿Adoras la criatura que huye vertical y
envilecida?
Las doncellas enanas son la bondad de esta
fiesta.
Tus hermanitas, las leves, miserables estrellas,
son desleales al infinito.
Tú no te recuestes más acá de los lenguajes
humanos.
Aúlla entre los comercios donde la nieve es roja
en las noches de julio cuando hurgamos, sin
que nos ate ninguna intención.

El hechizo natal

¡Tu tren descarrilado entre las brujas!

Una estación pequeña te ofrece el hotel de sus ocios,
y tú para siempre entre las pócimas y los filtros.

Por eso te comprendo y me revuelco y me uno al instante
de un perferto equilibrio; después puteo y tambaleo
y me lanzaría en un alambre-carril lleno de
asaltantes devorados por el sol.

Yo siento que en su caja de caudales está llorando
un pobre niño: el cálido doncel del absoluto,
que a los pobres animales y a los hombres a veces
paraliza en el claro de un bosque.

Los nadadores del abrigo

A Carlos Squivo

Por las aguas del sueño se llega a unos lanchones
cargados de penas y otros espectáculos. Es un río
dorado oscuro y caliente. Los colores del pantano
nos ahogan y nos hundimos boca abajo.

¡Reposo doliente y pesado! Este es un pantano
de un solo peso, de un solo barro, de un solo
abrigo lento para nosotros y nuestros
visitantes.

¿Amoldáis vuestra esfera a lo más íntimo del porvenir?

Perros enanos entecos, tenéis a vuestro servicio los escribientes nacionales, pajarracos de la patria.

Canasteros de los frutos del odio, no estoy arrepentido de tener a mi servicio las joyas y los frutos del deseo.

Principitos destronados de toda sangre de composición en la naturaleza.

Eugenios, Equis, Clauditos, perritos de ceniza.

7076 no es un número, es un puerco, y se ha
cruzado conmigo en la Calle de las Victorias.
¿De qué Victorias, pequeños estilizados?
¿Las de vuestras venas, vuestras ensaladas de
plata, vuestras costumbres de aceite y,
sobre todo, vuestros besos de mansedumbre?

Mendigos de labios de oro, nosotros tenemos
nuestros nidos en el corazón de la esmeralda,
en la piedra cuyo lujo inmortal se ahoga en
nuestra herida.

Cuando nos tiran tierra a la garganta del amor,
nosotros estamos destruyendo por el mundo,
¡nos odia vuestra delicia!

¡Pero qué fauces de adiós, desubicando y
ubicando los amores por el mundo!

El asaltante veraniego

Shas, shas, shas, ¡abrir el vientre de vuestros
corresponsales!

Los miniaturistas cedían al alcohol sus pequeñas
desgracias.

Un olor a remolino de cloro y viento en forma de
dardo hacía huecos en la garganta.

¡Gangrenas infinitas para los comensales del salón
nacarado con tendencia hacia el oro!

El vapor descubierto ilumina la memoria y el ocio
encoleriza y purifica al asaltante veraniego
que viaja vestido de pana levemente
mortuoria.

Adiós, adiós, indiecitos y monos, graznidos en
los lechos, obsequios de las desgracias;
el viento roe el aliento de las bestias
y descubre a los pasajeros enfermos
el ocio blanco y sangrante de la tierra.

La puerta de naranjos

Una mujer pequeña muestra la luz por la ventana
abierta del tesoro del desierto.
Salpican los pájaros cobertores de oro entre brisas
de ocultos rezos desconocidos por el sol,
dorados por los besos de las mujeres.
¡Oh esas trastornadoras, con sus paraísos
de penal infantil!

Sol

¿El viejo chocolate de la aurora escarlata?
Adelante con el tambor de los ojos.
Es el viento que late al Universo.

Almuerzo y gato onza

1

Las crapulosas familias tuestan todas sus miradas
en el hornillo del culto más sagrado
del grupo.
Ten piedad de sus ojos que escupen.
En la mesa te temen, se esconden en botellas,
revientan sus cerebros.
Te fotografían contra el ocio.

2

En la aurora de los niños aprendimos a cosernos
la boca con un gran retrato con manos de
nuestra alma y un trago del aliento de las
bestias que hoy nos hace rechazar los paraísos
del orden y el templo de las leyes con
encanto y zurdo ronroneo de gato totalmente
estirado hacia la sombra, vomitando seda y
balas.

¡Reminiscencias del otoño espacial!

Es la gala del orden del que participan las
fieras,
el infantilismo penal.

Ah, si no tuviéramos esta tierra del amor.
¡Cataratas y cataratas de bestias!

El alba cálida

¡Se clarifica el día! Oh viejos Elementos, dadme
un poco de agua.

La ciudad ha sido invadida por el mar, pero conserva
todos sus ruidos, su tráfico.
Todos los rumores se han transformado en cánticos
de pájaros.

Viejos árboles míos, ¿estaréis locos en la campaña?
A cualquiera lo meten en un ataúd de habitación
delgada hundiéndose en el mar.

¡Que un mar cálido le tape todos los nidos al
alba cálida!
Los ferrocarriles penetran en la arena. Uno,
sordo revienta y se le abre un abismo de mar.
¡Candentes aventureros que nadie atrapa, hermanos
que aún no han pasado bajo mis árboles!

Eh, monos, corregid vuestros errores: al alba cálida
no se la mastica ni se la contempla. La virginidad
de las ramas de las últimas sombras que nunca
ha visto a un hombre, no se la holla, monos.
¡Sacadle toda la boca para el alma!

Asnos que beben en el alba tímidamente porque hay
bosques que los embriagan por la noche, me
encuentro bajo el mar, en una estancia de calor
esmeralda. De entre ola y ola brotan los pájaros
como balas de sol y saltan velozmente hacia
el infierno.

¡El alba cálida es el infierno, la iniciadora de todos
los amores!

Allá en el fondo la presión ha bloqueado a mi alma
a lo largo, en su ataúd habitación. La ha hecho
entrar rápidamente, por los pies, en el cuadro
verde más infinito.

Después, cayeron ferrocarriles de punta en la arena.

Alba cálida, alba cálida, ¿por qué acudís a mí en esta
habitación tan delicada?
Oh movimientos de las sombras, humedades del pañuelo
de los niños, gorjeo del polvo del amor, jaulas
mías colgadas en el bosque:
Una liana de oro fuerte de relámpago atrapado por
el bosque puede arrancar este ataúd habitación.

¡Cómo no se dedican estas criaturas a desfigurar
a sus hermanos!

A los más yernos, a los más osos, a los más juiciosos
asesinos del instinto de la delicadeza.

A esos paisanos leprosos de ombligos colorados,
cerdos de digestiones degolladas, sangrientas
lauchas gordas inyectadas del ensueño.

Tabaco del ocio podrido, saliva de sus senos, perlas
de sus pescuezos, granos de sus miradas,
risas de sus caídas madreselvas en el agua
y en la sangre, doncellas de sus garras leprosas,
¡ahigrr, ahigrrr, ahigrrr!

Dientes calentados con oro, mercaderes nacarados por
los chancros, turcos de los veranos, las lepras, las
colinas, padres de hediondas hechiceras, estafeteros
roídos de las Colonias, ¿sonreís, acaso, al borde de
las reberveraciones y sus santos fantasmas de pureza?
¿al rayo de la arena y el horror de la serpiente
que nos declara el deseo veloz de los venenos
de estos hombres?

¡Vírgenes martirizadas por el amor y por los niños!

Cartas de invierno

1

La mirada de tamaño cantor rueda peligrosamente por
mi alma. Nadie la ha llamado, pero surge de la espesura
del bosque con un inmenso invierno retrasado.

2

Los árboles de hace veinte años cantan para sus niños
una canción de primavera electrizada. Crujen en la
tormenta con el terror de las perdidas miradas
a la siesta, cuando en busca del amor la inocencia
se duerme en los caminos del bosque, besa los árboles
y las curvas de los odres.

¡Oh silbidos a la madre de la maraña, llamadas desde
el agua, terrores de vacíos acuáticos poblados de
serpientes, abismos de aire negro y gritos de invierno
delante de nuestros caballos!

Pájaros del estero, llamándonos al fondo de otro reino
oculto debajo de todas las aguas, nadie sabe cuál es
vuestro lecho verdadero, pálidos de mirada criminal,
crueles hijos de las aguas que se apoderan
de las mañanas.

3

Hace veinte años que quiero relatar perdidas cosas.
No puedo iniciar nada que no sea el torpe vicio de
mi alma de grabarse y retorcerse, o si no balas,
tajos del deseo, guaridas repentinas de la vida.

4

Cohetes a la luz de la luna, cohetes de la infancia, pero surgiendo de los pantanos, de los ojos de los gatos monteses hundidos en el agua.
¿Qué sé yo de la ciudad?

Tormenta y servidumbre

La luna raya al rapaz de los ojos de ganso.
Entra una sombría corona de sombra y agua hirviente.
Un relámpago crea la guardia del amor entre los astros.
Adiós, adoración del sueño, hija de los caballos, que
arrancas los limones por la noche con tu muñeca
de sífilis golpeada por el rey del estero.

Almacenero de turistas

Vomitador de maíz, agente de violeta, secuaz mío para
el odio, tengo miedo de tu buche en la siesta.

Muere de tus propios dientes podridos, cagador
de perdices, de velas, de calmantes.

Tu mujer tiene un lente de oro en la boca.
Ese Templo de los malos instintos pasa en abril
con la rosa del instante.

Doncella bruja

Seres adoradores del centro de la tierra, del cuerpo
de la tierra, de los follajes de la tierra.

Tierra sentada junto a mí con miembros de doncella
bruja trabada de cabellos-terrores del amor;
quiere ella que le aten los sexos vivos de sus hombres
de plata o de diamante, de rayos o de espumas.

Sus hombres de celo de flores de locura de pájaros,
de intenciones rojas negras de pájaros.

¿Sus rodillas?: con la maldad del aceite de todos
los colores.

Rodillas que se doblan porque su corazón-sexo
hierve aquí más que en cualquier
Continente.

La negra y el calmante

¿No viene porque sí la vieja quilla del barón de plata?
¿Por si lucharan juntos la nena y el calmante?

Oh rayo espeso de su rostro, la alegría tiene un exilio
de odio.

Así tu hija amará: ¡calor de potro para su delicadeza
cuando la revienten!

El tufo de la madre gorda es hirviente.
La bella es la imposible reina del odio.

Yo sólo tengo miedo, oh especial, el abismo es una boca
de loco que nos inunda con su aliento.

¿Quién es el hombre que resiste este otoño podrido
por el infinito?

El lobo está erguido en la humedad y ofrece una guarida.
Oh desconsuelo, ven a mí.
Oh amor, domina en mí.
Oh tentación, degüella en mí.

Canción

Ah pequeña pecosa,
tómale el agua al plátano.
Parirás con ese líquido en el fondo:
la palmera irritándote el iris
y el pájaro batiéndote en la boca
o en la nuca,
recién arrodillada.

Los correos natales

1

Especialmente sacado de la arena, de la arena
con agua.

¿Odias las tumbas peligrosas?

Color sagrado de los niños perdidos en las lagunas
de noviembre, ¡el agua es el deseo inmortal!

El bestio puro nace de los manantiales que sorprenden.

Nadie puede decir nada contra las siestas de la tierra,
no tengáis miedo de los pequeños monarcas
· de la siesta:
los niños ignorados por mi madre boquiabierta
en el Templo del Fuego.

Oh víctima de la casa roja tragando todo el sol,
no has sabido defenderme de los viejos
correos natales,
los pequeños de ojos de azufre y agua sangrante
golpeando su unidad en mi pecho.

2

¡Comprensión en el coraje del país!

País, oh visita de la suerte, en el aire rodando con
un alcor celeste del amor.

Nadie pregunta nada, pero los mandingas del paisaje
preguntan por tus ojos.

Coraje y color para tus mujeres que germinan en
la aurora más roja.

La tierra es un torbellino de la carne, una invasión
del hervidero del corazón.

¿Tomar sol con los animales sería la ley de las
mañanas?

Las jaulas del sol.

1

¡Oh niño de la siesta, sentado hasta en el aire
de tu odio!

Lujoso y verdadero rey del hambre que incendia, que destapa, que acomete hasta en el velo natal el arcoiris de calor su gran serpiente, su gran corriente, su profesión de ser arrodillado que se lanza porque así lo quiere el agua, las comarcas subidas a las hojas, todo lo recogido por las palmas por su gran alimento, su corriente de dios, su arrancamiento del seno de las joyas-mujeres.

Oh mío, pedazo de recuadro del mundo, recibido antiguamente por las fieras: en nosotros se levanta y camina, pero lo acosa el fuego —¡su velocidad elimina!— hacia donde resoplamos nuestras galas de enredos de todos los colores, los calores, los olores y las grandes pestañas destruidas de mi tigre en el corazón de una provincia.

2

Vengan allí a la casa del diamante calentado por el agua, al huerto donde el hombre se recoge para no caer del globo.

Un día, un paso, un día mil pasos, un bestia sueño, pero con todos los amores permitidos por su amor.

Ni una pérdida.

No, no, tribu mía de mi raza. Raza de ganancia y de lujo,
aclopadora, niveladora para el fuego, tambora para
los vientos dementes que saben adorar.

Tenía un camino de patos y de rezos. Al fondo, el agua;
luego, los ojos de los hombres con sus telas
flotando sobre el sol y aquí la misma marca
de globo entre las piernas ¡y un odio por lo estéril!

Oh madre de todos los amores, ven a mí, adórame con
tus hijas. Tiernísima del bosque, ven a mí, yo tengo
una bolsa de fuego cautivado por los gatos
monteses pegada sobre el labio,
¡reviéntame en tu olor!

Cortina de cuero y olor a ojos de infierno matándome
en el bosque.

No tienen puerta para huir los amores.

Círculo de sol repleto de pájaros; tranquilidad de María,
la mecedora de la tarde.

EL DELITO NATAL

1963

A los bosques, a las aguas, a los hombres más desamparados del País Correntino.

Hay una promesa sembrada de ojos como nunca fue hecha a los hombres.
Saint John Perse

Nueva arte poética

No soy el espectral, ni el sangriento, ni el cautivo,
ni el libre, ni el trompudo de labios de lata, ni el
acordeón del mal-ayer, ni la blancura del futuro,
ni el bobalicón del espacio, ni la academia de los
astros, ni el planetario de las correspondencias.

Yo soy aquel que tiene los deseos del celo de la tierra.
Aquel que tiene los cabellos del lado del amor.
El peinador de los pocos retratos de desgracia.
El cacique de la boca arrojada sobre el lecho de
la mujer que sangra.

¡Manantial para mis heridas!, que no son más que
cosas de hadas.
¡Buen beber para mis ojos!, que no son más que
sombras de desgracias, devueltas por el agua.

¡Loor terrestre a mis amigos y hermanas con temblores
de bocas de duraznos, besadas por el agua!

Carta de enero

1

Tengo ganas de leer algo hoy.
Me sangra la poesía por la boca.

Yo era un estudiante y me adoraba la Naturaleza,
pero estaba olvidado,
me hería la plenitud del Universo,
y ahora te sacudo a tí, montes de cabellos rojos,
tierras paradas en aguardiente correntino,
grandes balsas de agua alojadas en la boca.

El pavor es celeste, el líquido terreno es fuego,
los pavos reales han sido capados por el sol,
y yo ando por la siesta:
provocador de las grandes fuentes sombrías,
alojado en la voluntad animal.

2

¿Dónde pedir auxilio sino en la Tierra?
El mar es un cantor inseparable.

Pero tú tienes también llamaradas acuáticas,
Tierra.
¡Acuarelas para quién sabe qué candor!

Yo soy un niño y nadie me podrá recibir,
pero tengo coraje
y ese nativo puro que arroja los paisajes
por la nariz.
Tengo un collar para todo lo que arde.

3

¿El alba guaraní gime en mi memoria?
¡Oh francés degollado por las aguas!,
en las ex bocas de las putas celestes
del paisaje desprendido.

Sin duda nadie cuida de mi memoria,
ni le selecciona parajes ardientes.
Nadie utiliza mi falta de elegancia
cuando expiro con la leche de las frondas
sedientas.

Yo no quiero cantar países natales,
sino medallas de carne de sol,
telas de la naturaleza,
conciertos de las tumbas salvajes
hijas de la ternura natural.

4

No digas al país de los bárbaros que estoy
solo.
Un hombre natal mira mi precipicio con su justicia
de tabaco y de hambre.
Es el mediodía junto al río inclemente,
el río sin pecado,
el río rojo de pecho pronunciado hacia mi
boca.

Escuchemos la memoria del celo absoluto.
Es la hora del bárbaro.
Escuchemos, mira: ¡el tric de mi sangre saliva!
¿Oyes el quejido inmoral del bello de mi pecho?
Yo estoy ebrio, cantan los loros del pantano;
necesito perfumar mi sudor con el fuego.

¿Qué hay entre el ombligo de este hombre y el Príncipe Natural de la Delicadeza?

Exploración fluvial

1

En la espesura muerden
los mulatones de ocio
con la correspondencia nocturna del
otoño.

2

No se arranca la boca verbal de la serpiente.
Se duerme al viejo y fresco
sudor de su garganta.

3

Al cantar en el fondo del río la luna se calienta
y desata candados.
Y el velo-vivo dice ser un Rey de Tembladura.
¡Como para dejarlo explotar
y luego,
degollarlo en enero!

Arte natal

1

Valientero para el sol, ¿eh?

Ahora rime y recueste el agua sobre el agua,
doble el pecho y anídelo,
resuelle con su injerto de rayos en la trompa,
vea clarito sus ánimas que corren con serpientes
quemándole los pelos.

Recoja del alba todo lo cuajado-violeta en su
memoria y acuéstese, como si oliera al tigre
que ha de cederle su agua, su floresta de
invierno, su cazadora extraña.

Por fin sentirá que el Fin tiene la boca blanca.

2

No bien la nieve aparece
me rompe la memoria.

¡El acuerdo! ¿De quién? ¿Con qué?
¿Y cuántos?
¿No son ramas? ¿Ratas de polvo?
¿Comidas matutinas de celo?

Y abajo
el cuerpo crece y lame los islotes.

¿Dónde caen los trenes?

Y más abajo
un pie descalzo hunde su nostalgia en
el orden.

Acordeón de ranas, del nivel del dolor,
aquí suena el oro en el agua
creando el amarillo de los niños,
la exuberancia de los dedos,
la saliva del sexo.

No es nada.
Compañeros, pegad los gritos.
¡Suerte para la sal!
¡Putrefactos del vino!
¡Masticadores para el pan!

Ahora se oye a la tierra que se abre,
que se cuaja,
que se lame;
sin el olor de las ciudades,
con su calor de gran preñada,
con unos ojos terminales.

Pronto, eh, Urracones de las tripas,
compadres de los desdenes:
salvacionadme.

3

¿Es una historia cobarde?
¿O es una salvaje explosión del canto
verde?

4

Amiguita del alba, oh, vela mi esplendor.

Resoplido natal, odiador de las patrias,
con sangre de las hojas de invierno
tu pulso de verano delira entre
mis dientes,
en mis ojos desparrama su herida
y canta el lento revelador de la tierra:
el reo de las naranjas y las brisas chocolates
de cristal.

5

El vientre-fuego de la doncella bruja
y el colmo del color:
los labios del verano guaraní.

6

Soy el Diablo natal, soy el aguador natal,
soy el ferozteador natal.
Soy alumbral por falta de costumbre.
El dador de los primeros regalos de la
tierra.

Luna femenina

Nido sangrante: el de mi niña.
La nido del alba.
La corazón del cuerpo.
La herida positiva del Infierno.

Adiós, luna tabacalera de la infección
nocturna.
Mi pecho es el tigre de la tierra.

Campesina ebria

Laúd para estos heridos.

Estrella hembra bordada en la purulencia de
sus ojos.

Al fin es el cielo el que lame su miserable
sexo,
su escapulario cagado en el rostro del
Ánima Bondad.

El paraíso al revés

1

Es el Paraíso al revés.
Una devolución de sombras rojas,
    una tentación de amor
    que es la salvación de los ojos,
    los grandes ojos,
    los bárbaros ojos,
    la laguna natural donde han nacido
    los ojos:
    los colores del hombre y la mujer.

Oh fieras rojas,
    fuegos que ondean las entrañas
    clavando su serpiente-cabeza
    pura y loca,
    ¡dejadme alcanzar
    porque me mata la garganta!
    La garganta, oh salvaje recolectora de
    las temperaturas,
    hueso femenino de la sangre.

2

¿Glorificación para mi alma?
(Eso es pura putería.)
No obstante, el resplandor acude con intenciones
    de salvarme
    y yo se lo reparto a estas mujeres.

Boca sagrada del Paraíso,
    boca con perfumes de aguas,
    boca voladora de tormentas;

infinita es tu sangre,
pero batiente como el mar
que sólo quiere que me mates.

Invasión

En la aurora de mar.
Llena de avellanas raptoras.
¿Y un empuje floral?

Terrores coloniales

Mientras tomo la pluma el Diablo suena en mi
memoria con un ruido de tormenta,
castigado por una voz que sale de los ojos
del sol,
en la comarca llena de laureles
y de viejas pariendo
contra la luz de los amaneceres.

2

Es mientras tanto que escupo
con la delicadeza de un negro-de-ahorcado,
a la arrojada bruja que solloza
por alcanzar mi boca.

3

Pasa con un paso colorado
su barrigón de lacre pervertido,
arrojando contra el viento su tufo
de candiles sangrantes.

4

¿Y el tañedor que ladra a las putas?
¿El jesuita que espía a las cosas de los
amaneceres del Diablo?

¡Qué barriga de patas!
¡Qué bocas de perfumes sagrados
llorados por el tiempo!
¿Nadie adora su fiesta?

Los jefes de la casa

Las hijas de la represión viajaban escondidas en
los baúles del ocaso.
¿Esos lutos roídos correspondían a la realeza de
esta tierra?
Qué señor asesino y podrido culminaba en el encanto
de sus ojos.

Revolución real

¿Es que el lobo podrido salta a la luz
solar?
El lobo otoñal del infinito,
de la ronda nocturna y el terror,
se ha bañado en el mar.

La noche del pantano huye con su baja
tempestad.
El cantor ha crecido, no sufre, borda el sol.

Sociedad al natural

1

En esta tarde en que llueve sobre el estero, emerge
un espejo húmedo y escarlata-dorado frente
a mi memoria.
Es el espejo del mirar de los hombres que, absorbido
por los paisajes aún tropicales, devuelve al alma
la delicadeza de una orfandad enfrentada con
el honor de estos hombres y con el ingrato valor
de sus miradas.

2

En la naturaleza más huraña y escondida a veces se
reflejan, como en un húmedo cementerio de
semblantes, todos los movimientos de las ciudades
supercivilizadas.
Un olor a miserias de Estafas inferiores se pudre en
el resplandor del atardecer acuático, bordador
de serpientes.
En las arañas de los juncos crece y llora un mendicante
corazón de amor, y un ardor de mujeres estropeadas
por una fiebre oscura se sumerge en el cristal
podrido de la maraña.
Arriba, el trueno canta, pero ya derrotado por el
deplorable amor de estos hombres.

3

La muerte había largado toda su sangre en el estero.
De golpe sentí terror frente al corredor donde soñaban

los hombres bebidos con un alcohol descolorido
y amargo.
¿Y los otros? Los del sol, los ciudadanos del movimiento
y del orden, ¡qué conocen del sol! Sólo su día
impuro y grosero, sus irradiaciones para mercaderes,
sus brillantes exteriores ajados por el espacio.

4

Las Estafas vomitaban en la muerte del día, y sólo las
amparaban los pantanos más negados para el sol.
El trueno había caído, pudriéndose en el único rincón
maldito del estero.
Sólo en el techo de alguna palmera el espeso mear de
un tigre se recogía, encendiendo una gran lámpara
que ayudaba a maravillarse a la pradera.

No hay penitencia

A Carlos Latorre

A veces camino por los extraños y ponzoñosos mundos
del interés humano y me desmorono entre el color
sórdido del desaliento en sangre, en desayuno
de odio y sangre.
La luz salvadora del bajofondo humano, la escarlata
sangrienta de la poesía, borda en mis hombros, en
los hombros de mi corazón, un valor más que
humano.
Feroztea al dolor.

Apariciones

A Ayax Barnes

Aquí las orejas se alzaban
como orejas de ciervo, y se
olfateaba un peligro de un
billón de años de antigüedad.
Ray Bradbury

1

El agua exorbitante está en mi boca.

2

A veces el invierno se adelanta en los lugares
subtropicales.
Y no he visto jamás tanta delicada esperanza
como ésta.

3

No quisiera despertar nunca de la extrema delicadeza
que hierve en los depósitos de los grandes
inviernos.

4

Potrillos de oro sanguíneo y asombrado. Más altos
que el invierno.

5

Un día llueve, y al día siguiente el invierno luminoso
es cálido.
¿La lluvia? Tétrica, pero rica, no pervertida.

6

Este invierno he descubierto que hay palmeras celestes.
Extrañas. Con una ferocidad solar y lunar. Y sin
nombre.

7

Debe importarme el agua y el color.
Nada más.
Y la noche, cuando el agua desembarca todas las
apariciones.

8

Agua mía, floreada por el sol, el invierno es tu niño
con fiebre.
El niño que sólo vende sus ojos a los sueños.

9

Te odio, hechicera invernal que envenenas el estanque.
Te adoro, impura deseosa de los cuentos:
hada del sexo infantil.

10

Oh coraje y transparencia y peso y brutalidad celeste
del invierno en enero.
Cómo se descuelgan los monos para crecer y beber
en el color sagrado, mientras duermo mi sueño
brillante,
cautivo del estero.

El bosque

Una olla hirviéndole
la sangre al invierno.
Comarca en que las rojas putas
orinan al beber fuego.

Aparición duerme

El invierno es de fuego y alumbran las linternas del oso,
las líneas del diablo, y el cuento de la selva en los
ojos rasgados de topacio de la bella Aparición.

Uno

1

Con la delicadeza de este reino de ahogados.

2

¿Natal? Es un ejercicio, un halo que se adelanta
a la altivez. Orgullo puro y leyenda del amor.

3

No puedo con el vicio feroz de la poesía, de la
naturaleza.

4

Cobarde mía, ante la pura Aparición, soy tu dador
sangrado en el encanto.

5

Las lejanías de cristal: entre los brazos de la vida:

6

El perfume del mar vuela sobre las Estaciones:
¡temperaturas para toda la vida!

7

El mar, mi gran linterna de esmeralda.

8

Ese mar que en las islas parece de durazno.

9

Esas palmeras engarzadas, esas palmeras hechas
joyas entre sí.

10

La taza del poniente natural con palmeras.

11

El sol te sangrará, esbelta caridad del Infierno.

12

Oh ramo rayo de amor. ¿Me liquidarás?

13

El clima me domina, el clima me domina. Por el clima
creo en el agua.

14

¡Luces fuertes de las plantas! ¡Oh sonidos que han
quedado de los dientes del tigre mal castrado!

15

Ese aire natal que acaricia el Diablo.

16

Yo escribo porque me alza la naturaleza.

17

La Poesía ¿qué es?
Un hada bellísima, fanática, feroz, puesta sobre
la tierra exclusivamente para salvar el amor
humano y todos los amores.

Dos

1

¿Vuelas con tu retrato de ataúd con cuerpo
de doncella?
Visitante de la vida del sueño.
¿Traes el cuerpo libre para cantar con la guitarra?

2

Si me encuentro es en un sollozo, viajando.
Canta el emperador del donaire.
Sus lujos son amorosos y odiados por los asesinos.
Su tela de la vida está hecha de frutas y de aguas
codiciosas.
Su codicia es ideal en medio de una bocanada
de sangre.
Alumbra al bruto, oh Príncipe Natural de la Delicadeza.

3

La fantasma

Es el aire ferozmente acariciador, el aire de la muerte.
¿Y la Poesía?
Pasa en un gran vagón que sale de los esteros.

4

Todo era un infierno de cabellos y entrañas.
¡Un cuento para mi loca sangre!
Las hadas primitivas y ardientes tal vez me hubieran
salvado.
En el aire, en las ondas, han quedado los amores
de sus ojos.
Y yo soy una víctima de ellos.

5

Yo he encontrado unos rastros del azar,
unos rastros luminosos y heridos.
Fantasmas del poder y de la delicadeza.

Oh viajeros de la leyenda del amor.
Yo canto mi canto para un rostro,
para un paso de luto solar,
para una ligereza de labios con el sol de la muerte.

6

A Aldo Pellegrini

A estos países donde reina el fuego yo los estudio
con relación a la luna.
Veo que es el borde de la Ciencia el que me hace temblar,
pero me alío con los bosques, con el agua
y con la más extrema respiración natural.

Al borde de la Ciencia (y con el agua).
¿Seré la aberración connatural?
¿El grito de un heroísmo huraño?
No.
Soy el paisano de los dientes celestes.
Más bien el retrasado (y con las bestias).
Soy el colorado-unificado por la tormenta de la sangre,
pero he trasladado mi siesta al borde de la Ciencia.

Yo no he bebido Cruz,
no me he detenido ni un instante en el vientre
de ese aceite cristiano.
He prohibido al pus.
—Lo he comprendido, Señor Pus, lo he visto cultivar
por su raíz, ¡luctuoso amarillo!—

Ahora soy un enemigo desbordado.
No tengo más que un país caliente como un rayo
lleno de árboles mojados,
un esplendor de vahos de agua
y un corazón abierto como una sepultura natural.

LOS TERRORES DE LA SUERTE

1967

A Oriente Pascual Cavaglieri Bosquini Servet
A Hugo Gola

Con vosotros, fantasmas, nunca tengo reservas,
y de vuestros remordimientos tengo lleno el corazón.
Cuando es de día.
Ungaretti

1

No tiene existencia
en los grandes bocados
que nutre el mediodía.

Es el color celeste
que arroja la memoria
y ama la muerte del terror.

2

Oh hospedajes,
oh techos,
oh coches,
oh murciélagos,
oh rapidísimos trenes,
mi color es especial
y armado hasta la suerte.
La suerte dentro del mejor
corazón.
La suerte que no es asesina
y siempre amanecida.

3

La suerte que se echa
siempre con todo esplendor
y subleva la memoria.
Mi memoria animal desconsolada
por las mejores sombras
y por las auroras.
Mi memoria de rey al ras sanguíneo
y lleno de aguas,
aguas valientes quemadoras
desatadoras de cabellos,

aguas para el sexo tierno color de corazón,
aguas únicas para los ojos de mujeres no-señoras,
mujeres por los bosques encantadas.

4

No quiero a Costumbres,
pero sí a costumbres
de sublevación y de desprecio.

Tengo el esplendor más claro
que la uva del sexo de la aurora.
El espacio de este esplendor
me está ya abierto
y lo adoro sin la menor Gloria.
¿La Gloria?: ese cargo antinatal del hombre muerto.

1

Cualquier cosa . . .
con tal de barrer de la memoria
el mono errado de la muerte.

Yo no tengo País,
tengo isletas voladas por el agua.
Siempre he sostenido un placer de confesión
violento en el honor de mi memoria.

Islas de patos amarillos
para las mujeres más niñas de la voluntad,
mi sol, mi sol, mi sol,
he resuelto seguir hablando,
seguir bebiendo los juncales de los terrores
de la suerte.

2

No-viajeros,
en una dirección esplendente y herida
canta el país salvaje,
¿pero, pero, pero?

No es el invierno de arrodillarnos,
es el fuego en la isla indiana.

¡La boca en la cabellera
canta la desgraciada!

3

Salva tu velocidad,
oh cantor de corzuelas,
oh gala popular.

4

Jorobadita que acompaña a la calle estival,
oh mi amor, este azar te construye,
canta, ebria de odio,
tu canto impopular a tu hermano.

5

No hubiera traído mi caballo esta mañana
hasta esta temporada de mar en los esteros
para haberle enseñado la muerte a mi caballo
y hasta oír el tambor que entierra a los esteros.
Pero tampoco . . .

6

Yo no lo acuso de cantar a la muerte,
yo no lo acuso de rodear a la muerte,
lo acuso de ser sin memoria a usted, cantor riente,
cantor veloz,
cantor que cae cuando cae el aliento de la suerte.
Sin memoria, oh huérfano amigo gentilísimo de alma
más mojada por el mar.

7

Escuche la sardapela del océano que se le acerca
como mar —menos puro que el océano— porque
usted
regresa con esteros y sus caballos son del barro
del norte.
Escuche, y alegre, trate de no separar más su sueño.

8

Son las hojas las que me traen el mar.
¿Son las siestas las que deciden una parte de mi
muerte para el mar?

9

Desesperados por el mar
desprendieron del paisaje errabundo
y asestaron sus redes
en el paisaje no-natal.

¿Error por la poesía,
o errores de la poesía?

10

Leo mal. Me encuentro embrutecido por los libros . . .
Me acosan las imágenes ¿casi periodísticas? de la
naturaleza.
Pero estoy claro porque recibo las oleadas de mi destino
antiverbal, con una gracia de ultratumba delgada
sobrenavegando entre árboles esbeltos en un clima
jubilosamente invernal.
De esos climas que navegan por los aires, haciendo

germinar hacia el fondo los paisajes de las angosturas vegetales y el reverbero de los lagos-lagunas.

Y recibo, también, a mi destino antiverbal, con una desgracia de leyenda de país enamorado.

11

He vuelto al invierno de los pastos colorados.
El invierno que reacciona al universo, que purifica las relaciones en los pequeños cementerios de campaña y da lecciones de mecánica celeste a los monos de los bosques más modernos.

12

No es cierto: ¡cierro siempre mi capítulo! Abro mi tránsito terrestre a los encuentros con el mar.
Yo soy el portador de los lagos-lagunas, el apoderado general para hacer las transferencias de las aguas de retenimiento primordial.

13

¿Por qué tormentas sufren de aludes y yo no de memoria?

14

Real, como el ruido del planeta.

15

¡Para qué carajo enciende su cocina la gente!
Y temporadas del invierno.

16

Lo que más detesta la verdadera poesía: el perdón popular.

17

¡Oh trabajo continental del invierno: desaparece todo, un solo clima!

18

¿El paso a nivel de sol del pobladito natural que burla el del antiguo Infierno? . . .

Cartas a poetas, mercaderes y seudoaristócratas de nuestro tiempo

1

Ya les dije: Yo soy el cantor con canto y arranco de mi memoria a los enfermos destrozados. Yo soy el que agiliza las relaciones y las esperanzas, pero me sostengo contra la sonrisa de los nuevos bobetas y contra la boca envuelta en algodones amarillos de los ancianos nacionales.

2

Oh mercados y mercaderías. Oh pestilencias del verano sin fin de vuestras carnicerías, olfateadores de olor ya prenatal y enrarecido, herederos de todos los hipos del infierno social (¡hijos bañados en palanganas perdidas entre los orinales de la Raza y el Espíritu!). Ah, vosotros, pervertidores de vuestros propios y amarillentos anos: ¿dónde están enterrados los tesoros del mar y de la tierra?

3

¡Aristocracias de carnicería, que arrojan mi memoria al terror! Siento la pustulencia de vuestras astas, pateo el comedor de vuestra Historia. Sonámbulo increíble del mar y de mi malgarza-real, libre de Gloria, yo os acuso al nivel del rol noble de mi memoria.

4

Barbaridades telúricas y castigables en un arrebato
bélico de acordeones, y ante mis ojos un fragmento
de biografía de Henri Michaux . . . puede ser que
surja una sombra sangrientamente alada, y después
una mañana luminosa y el estero se pueble de
nogales de otro clima. . . Pero éste no es mi poeta.
No lo acompaño en esos mutilados vendavales
sin agua.

5

Los truenos que resaltan a los pequeños camposantos
tolerados por las nuevas campañas, truenos
de cuerpos finos, acorralados por los perros.

¿Acaso un miserable amo campesino está enfrenando
aún al viento del estero?
Oh noche, oh invierno del retorno, sólo el trueno
devuelve la memoria a los siervos y a los amos
que murieron baleados en los sueños.

6

Oh noche, yo te pregunto noche modernísima, pero ya
sin hierro, sin cemento, malherida por el amo
de la prostitución y del trabajo, oh noche no cruel
pero bella y alargada hija del sacrificio del amor,
oh noche con corazón-noche de las noches más
reales recuperadas por el viento, yo te pregunto
(¡oh rama: que se salve, que se salve, que se salve!)
noche de islas como postres de una tiniebla entera.

7

A Edgar Bayley

Le escribí una carta de duda y de miseria diciéndole:
"no puedo más escribir", pero ante mí la puerta
se expandía, se extendía en el esplendor del aire . . .
Yo no sé lo que puedo y lo que no quiero.
Es claro, hasta ahora sé vivir, he visto en mí
el primer encuentro del infeliz, el primer canto
del infeliz, el reencuentro con el infeliz total que,
libre del Cielo y del Infierno, canta con un canto
de benefactor del mar.

8

A un poeta que no ha abandonado nunca
su región natal

Me interesan los poetas que lo son por indicación
de las lejanísimas razas-madres de la naturaleza,
y usted tiene ese acuerdo previo para hacerlo.
Por eso le diré: Ser cantor es crecer y bordar
constantemente, desarrollarse como el agua (la que
surge o corre) y, por sobre todo, ser valiente
poseedor de los amparos de la vida (la muerte es
un resguardo sobre el cual no puedo opinar).
Usted tiene todo esto, pero insisto en que debería
ser provocado por las tentaciones más claras
y maravillosas del corazón moderno: debe viajar
a las ciudades más agigantadas y a las naturalezas
más veloces y variadas, y, por sobre todo esto,
debe oír sonar el mar y su esbeltez en el alba.
No porque usted no lo tenga todo, sino porque
todo necesita de todo alguna vez, tempranamente
si es posible.

1960

9

A un poeta del interior de un país por un libro escrito en una gran metrópoli

La primera impresión que me ha producido su libro es la de una vaga, temblorosa, a veces sombría y lenta, pero intensas dos navegaciones: por el aire y por el agua de la vida. Con sombras solares fuertemente regidas por la tierra nutrida por riveras y colores favorables, o por ardientes tristes playas asediadas por las marejadas metropolitanas. Colores entrenados en la emoción humana, favorables al destino que se pasea y se desvía y se le ocurre perseguir la flor libre de la aventura.

Usted ha desembarcado de una canoa lista y cazadora. Canoa que ha llegado cargada de frutillas para depositarlo en el gran puerto de las negociaciones, de los humos pulmonares, de los vastos movimientos de las mercaderías donde ya está instalado, implacablemente, con sus aún lentos y rencorosos (para con las deformidades del mundo) zapatones de camalotes.

¡Alumbrado sea siempre entre las tentaciones, las rebeliones y los desprecios, por las Victorias Regias: esas linternas virginales, pero preñadas, que siempre serán las mejores armas para tratar de hacer justicia, sin Jueces ni Verdugos, con el reinado de los terrores de la poesía!

Salud, amigo bandolero y canoero, ahora metropolitano.

10

A un poeta sudamericano

Usted ha perjudicado siempre a todos los oficialismos literarios con su aptitud de absolutamente poeta

natural, completamente moderno, al punto tal que considero su libro junto con el mejor Vallejo, Residencia en la Tierra, y con el doloroso criollo que dejara en apunte Darío.

Usted no pertenece a la legión de atrofiados poetas de mezquinas desgracias, insensibles al gran trago humano de lo justo y de lo violentamente enemigo de las miserias, las humillaciones y las explotaciones modernas, pero tampoco pertenece a la otra legión de declamadores titulados "humanistas" o "sociales", del humanismo vulgar, lamentador, niveladores inapetentes. Los primeros: artistas a medias, desencantados contempladores, enfermos de atrasadas dolencias menores, arrastradas del pasado siglo, ignorantes del nuevo tiempo; delicadezas muchas veces auténticas, pero mendicantes, sin defensa. Los segundos: inferiorizadores de los altos ideales que dicen defender o representar, siempre en el fondo conformistas, y, seguramente —y en el buen sentido— irreales.

En usted, un verdadero espíritu criollo ha provocado siempre, subterráneamente, a su poeta, y él le ha consagrado los abismos más sangrantes.

La cabaña junto al mar

A María Irene

Una muchacha que conocí junto al mar:
parecía una hindú, parecía una india
descubierta por sus propios cabellos de miradas.
Parecía la imagen de mi propia camisa salvaje,
la camisa de bondad y de orgullo que se
medía con el mar.
La muchacha que volaba con la raza de la sombra
de mi querida tempestad en los ojos,
la muchacha que voló con mi arena hacia París:
¿Dónde la envolverá toda su sombra?

1967

EL ASALTANTE VERANIEGO

(Respuestas de reportajes
a unas leves apariciones)
1967

DEDICO ESTAS PALABRAS
DE LAS APARICIONES
A MI AMIGO ALDO PELLEGRINI

Lo maravilloso no se fabrica por ninguna receta farmacéutica. Lo maravilloso lo agarra a uno por la garganta.
BENJAMIN PÉRET

Arte poética príncipe y pirata

Canto. Oda. Esplendor. Loca explotación. Terror.
Salvación. Migración. Verano. Celo. Rezo. Odio.
Rastro rastro rastro. Mar. Palmares. Atlántida propia.
Mercaderes. Campesinos. Revolución. Aristocracia.
Aristocracia anarquista. Bondad. Ramas de agua.
Razas muertas. Pasaje pasaje pasaje. Sed de amor
sin fin . . . ¿Síntesis de todos mis libros?
¿En un canto? ¿Trenes, canoas, caballos?
Príncipe y Pirata.
¿Y después? . . . mucho más, y mejor, y más libre, y más
moderno, más hombre. Oh alemanes, oh Rimbaud,
Lautréamont, Apollinaire, y vosotros, los mejores
surrealistas. Y los amores. Y el amor.

1

Dos soles. Hay hombres que poseen una imaginación
fraudulenta, pero llena de sueño, cargada
de ráfagas de azar. Esos hombres son los
destructores-constructores, los desniveladores,
los productores de reales-felices, o son los
asesinadores de la posteridad de la delicadeza.
Pero no son nunca los profesores de lo oculto.

2

Una niña que se escapa por las puertas del mar,
empujada por el invierno.

3

¿El trabajo?: sólo canta en las puertas de la deserción. Más adelante, veremos.

4

Cuando se definen las Estaciones también se define el corazón del hombre. Y el color, el que produce el fuego, se estaciona con la temporada.

5

Espíritu destronado, espíritu caído, sangrado y revolcándose en las tentaciones e imperfecciones del universo. Siempre en el renacimiento, en el eterno retorno del honor, en la fragancia del color moderno: ¿ésa es la clave del coraje de la poesía? ¿dónde estás, doncella ya violada del paisaje del azafrán, sombreada por la estrella morena?

6

El número No, derrotado por la poesía.

7

La belleza, sentando sobre sus rodillas a la vida.

8

¿El conocimiento?: copulando con la *Miss del Universo.*

9

Se es poeta por una amplia sonrisa de las aguas.

10

Rimbaud: ¿Razones para ser ladrón de fuego? ¿Razones de mala madre? ¿Tristes y breves amores con la pequeña hija violeta de *Miss Educación*? Todo esto está por verse.

11

El inconmensurable moralista, el poeta que Lautréamont castigó y rectificó-ratificó en Las Poesías, arrancándolo de la lamentación y de la maullación, tuvo absoluta razón final contra las arrastradas dolorosas de su tiempo. Pero, cuidado con el reclamo de virtud, de orden y de perfección del montevideano, ilustres virtuosos-religiosos al uso oficial, conservadores de sacristías o de salones de Tradición y de Orden.

12

¿Para el espíritu?: la máxima ferocidad
de una aristocracia con la mágica
ferocidad de una bondad.
Con el desamparo y la contra-humillación.

13

Un poeta debe cantar, y nada más. Y cuando tenga que elegir "entre la nada y la pena", elegirá la roja y fulgurante movilidad de la poesía.

14

La poesía es la rebelión (defensiva ofensiva) de una absoluta aristocracia natural y revolucionaria. Pero, es también penetración, para la procreación, y la fertilidad, de un rayo solar con todos los poderes de la tierra del agua y del fuego, unificados.

15

¿El enemigo?: un lobo solitario que odia el vino y el mar. Vieja monja amarilla surcando el océano.

16

Yo pertenezco al viento, yo soy función del viento, que se divide de país a país.

17

La poesía es la tenaza de adiestración fulmínea para arrancar todos los clavos y echar a rodar todas las cruces. Tenaza-porción de agua y de fuego unificados en el relámpago. Tenaza de anti-realidad sangrante, de anti-alienación del Trabajo y del ocio esclavizantes y deformantes, manejada desde el infierno por la bruja celeste y cálida de la esperanza.

18

Y un poeta es aquel que vuelve siempre desesperado y hambriento a los poemas, a sus poemas con un rostro feroz de desterrado y de enamorado:

el gesto más humanísimo y más sombrío, al mismo tiempo. Invierno luminoso. Verano demoniante. Corazón. Sueño. Ciencia. Demencia. Siempre del lado de la rebelión: lúcido y tiernísimo frente a los más infelices; duro, exacto, cruel, frente a los imbéciles de los grandes poderes.

TEMBLADERALES DE ORO

1973

Para el recuerdo de:
Los gauchos más huraños.
De mi abuelo, Narciso Madariaga,
y de su amigo Aparicio Altamirano,
salteador bandolero correntino.
Todos en el lujoso palmar.

El peligro quita toda tristeza.
João Guimarães Rosa

Cementerio amarillo
al borde del agua

Mientras cantas con la trompeta ronca de las inemociones
cargadas de las lágrimas del paisaje desenvuelto
por los trenes de los reyes guiados por los ríos,
aquí el velo de sangre duerme sobre los arenales
seguros de encantar a un cuerpo joven y caliente
junto al rumoreo nocturno de los caballos y las
fiestas cercanas a la orilla de la luna caída entre
las humillaciones más populares cercando el
camposanto de los hombres del hambre donde se
recomponen las más raídas y coléricas apariciones
—sin espacio— a ras de luna de ras y de agua
detenida en el milagro del terror —sin amor— todo
todo roído como antes de andrajos desafíos ojos
hambrientos amarillos de asesinatos no-modernos
no-contemporáneos a ras, a ras de agua podrida
en su pureza.
Sin embargo, yo estoy dormido como un indio que
no ha perdido el desierto.
¿Estoy moderno?
¿Estoy por irme adónde?
¿Oh, por abandonar la comarca e internarme
en el mar?
¿O sólo al borde del mar?

Una reza

Reza por la reza de las apariciones ronca por la ronca
de las enterraciones y vuelve los ojos al paisaje
metido dentro de la carne y del fuego del movimiento
humano más real el de pasitos de hombres en el
espacio humillado por sus elegantes desnutriciones,
oh país límpido, intercambiado con tartamudos y
despanzurrados y afeitados por el llano y
asesinadores engendrados en las negras copulaciones
entre ramos y entre santos de ojeras casi naturales,
yo exclamo que duermo sobre la arena caída en
la desventaja de mis maduraciones que sollozan
todo el poder del fuego.
Yo, que tengo el alimento más moderno, estoy rastreando
el invierno y las pudriciones de estos llanos.

Madrugada clara

Pero confieso todo quiero cantar e irme durmiendo con
mi ojo de infierno a ras a ras del rezo entre los
espartillos del invierno y del verano sin epílogo
histórico sin capítulo cerrando al estilo del buen
cuento jurídico y civil quiero descubrir por qué
estas aguas se pudren en su belleza por transfusión
de sangre y pobres bocas muertas sonriéndole
al espacio del ras.

La balsa de los colores

El canto líquido de sangre repretujado por entre las
tortas del sol, y mi medida remontando por la nariz
los mejores canales variantes de la otra sangre.
Lentamente mi balsa invade las aguas de la conciencia,
mi balsa llameante por el olor de la oscilante
camisa de la muerte, mi balsa desnivelada por el
viaje de una mulata por el agua rosada (entre
caídos tacuarales), mi balsa que no me permite
castigarme con el sol, mi balsa de la anti-idealidad
sangrante.

Tembladerales de oro

El dolor ha abierto sus puertas al agua de oro del oro
que arde contra el oro el oro de los ocultos
tembladerales que largan el aire de oro hacia
los rojos destinos pulmonares con el acuerdo de
los fantasmas de oro coronados por los juncos de oro
bebiendo los caballos de oro los troperos de oro
envueltos en los ponchos de oro —a veces negro
a veces rojo celeste verde— y el caballero que repasa
las lagunas de los oros naturalmente populares
el que se embarca en las balsas de oro con todos
los excesos de pasajeros de oro que manejan los
caballos de oro con los rebenques de oro bebiendo
en la limetilla de oro del barro de oro de los sueños
de los frescos del oro entre la majestad de las
palmeras de oro y de los ajusticiados y degollados
en las isletas de oro bajo de yacarés de oro
del oro del amor.

In memoriam Alfredo Martínez Howard

El canto impopular

Yo, el rastreador, que ha dormido en los atrasos de
la luna en los atajos peninsulares, y ahora siento
el canto del desahogo, a través del orgulloso coraje,
oh mis pequeños seres del desamparo, canto
mi canto con un lenguaje impopular, pero cercano
a vuestros vestidos miserables.
El vestido las telas livianas de las mejillas despintadas
el olor de los motines talados de la miseria siempre
en la flor del fuego del pensamiento destruido
sin nacimiento en las coloridas y espléndidas
organizaciones de las albas lujosas de todos los días
de todos los montones de días ligeros y azucarados
por las cañas dulces solares irredentas
ininterrumpidas feroces vivientes de la irrectitud
siempre anárquica del espacio siempre moderno
y siempre solidario con los cantos de las invisibles
deidades y de los otros personajes reales asombrados
de la miseria de los sucios paisanos que encienden
el clavel del esperma nocturno sifilizado y demente
y excitado por los cerdos.
Oh, en mi escenario, de rodillas. Cocinas conteniendo
el aliento del dormido rencor en la palidez del alba.
Oh, gente sin viajes, que no puede fumar en el
fuego del universo su tabaco de miel arrollada por
el invierno, su comida de humo bañando el ligerísimo
mosquitero de rabia del color el color que no trajina
por las camas y que sólo saluda a la sombra con
sombrero del Ave María en el altar de los santos
ensordecidos por los fétidos besos.
Oh, mí, el rastreador, que ha dormido tirado entre
los yuyos, entre la ferocidad joyal de las palmeras
en el borde del agua, y de una cocina sucia llena
de lechos sucios y de tarros con jazmines
calentados del ex-alba.

AGUATRINO

1976

Los poemas de Aguatrino *nacieron de una —desde hace ya largo tiempo— constante relación de dos paisajes: las orillas del "mar de los castillos", en el este uruguayo, y las acuáticas llanuras de Corrientes. Ambas con palmerales.*

Volantas junto al mar

El mar soñaba errabundos a los
diamantes
al llegar el carruaje gitano
con luz grana
rodando en noche verde sin
estrellas.

El mar americano que ha
enterrado a los
monjes.
Ese mar que en las islas parece
de durazno.

Las volantas de fuego de la
muerte sobre el fondo
del horizonte del mar;
viajeros van mi padre,
los gauchos más huraños,
los esteros perseguidos.

Jarra de vendaval

El pleno océano viene con su
jarra en la mano,
jarra de vendaval de porcelana
del estero marino.
Mi corazón la bebe,
mi garganta destrina
y canto
al palmeral que ya se arrima.

La sombrilla de Edgar Bayley

Como una gran sombrilla
destrozada por
el mar
y que luego
navegando encendida sale al mar
y volviendo a ser mar
y sombra de agua
repintada caliente arrastra al
mar.

Muerta esmeralda

No hablaré del espectro de la
nieve amarilla,
pequeña muerta solar del rosal
del manicomio,
¡que nunca ha destrozado a mi
fiesta!

Hablaré de mi nuevo corazón,
que es la linterna para un viejo
cazador.

Yo soy inmoral como la sombra
del océano,
verde y negro,
amplio y bajo,
que sólo crece donde hay palmar.

Epitafio

Volvía siempre con un color
oscilante desde el
mar:
¡Apenas se resistía en su
sonrisa!

El bosque junto al mar

A Gaspar Madariaga

1

El bosque ha llegado,
y la sombra del mar ha llegado,
vámonos, tigre ámbar, hacia el
mono ermitaño que canta
entre las gallinetas de
todos los colores.

2

Canción de tigres

Todos vamos a desaparecer,
flecha ámbar,
flecha del corazón,
pero es necesario llevar la
misión cumplida:
ser criollos hasta La Última
Coronación de la hermandad.

Retirada

1

Arde el mar, y allá, lejana, una
vasta llanura donde canta el
yacaré amarillo.
Servidas están todas las lagunas
celestes,
el sudor canta en las habitaciones
de palmeras,
cargándome el rostro de loros.

2

Vuelven de aquel mar mis
caballos,
pero no viene la mulata de
blanca llamarada,
abriendo los ojos rojos de
verano.

Lejana, en el subtrópico del
yacaré amarillo oigo
cantar mi canto contra
la ofrenda de mi sangre.
Mi canto canta contra mí,
mi canto de caballería suicida
nadando en los tembladerales.

Un aparte para trinos

A Élida Manselli

1

Buenos noches, sombra de la
manzana,
todo el día canta el zorzal,
alguien me esconde y me devuelve
el cielo,
alguien que como yo canta contra
lo irreal,
irremediablemente cercano y
lejano de unos ríos,
de unos niños,
de unos ojos.

2

Oigo cantar los pájaros y ya no
es del trino,
sino del ultratrino bien
ardiente . . . y que sabe . . .

Viejecita que teje y el zorzal
se destrina al pájaro que
pasa nadando en la sobreagua
de las islas.

Zorzal de las tumbas de
frescura,
zorzal del padre ebrio en la
noche del subtrópico,
zorzal alcohólico,

zorzal agua,
zorzal bandolero semisalvaje
que ha matado a mi padre,
cantando aun menos de lo que
sabe.

3

Recorro un poco ya el país de
los amigos muertos.
Las horas más veloces van
pasando
y no tengo acuerdo con las
horas,
ni he pactado con el calvo
diablo,
con el manquillo de sombrero
de rosas encendidas.

Es que ahora, cuando canta el
zorzal, ¿sólo hay para mí
terror y color en el
alba?

4

El alba oscura sin los cardos.
Los burros del verano cantan
contra la erótica del
sueño,
el agua crece,
el agua abre sus puertas
marrones al diablo,
el agua pacta con las sombras,
pero le abre el paso a mi
caballo.

5

A Juan Antonio Vasco

¿Dónde estarás, temporal de
agua en el fuego?
¿Sirviendo al junglear de los
loros?
¿Durmiendo en la cocina de oro
de un estero?
¿Abriendo la boca junto al
loro-serpiente del
pantanal?
Cuéntame el cuento de tu viaje,
en este amanecer lleno de faroles
y de potros.
Temporal, se ha enredado mi
sombrero de espuma de coco
en tu corazón,
se ha vuelto loco mi sombrero.

6

Zorzal clavel, ¿dónde estarás?

Junglear de amaneceres,
ardientes galas del indio
lagunar,
caliente tierra entre el trópico
y la tierra,
sirva todo de introducción a mi
memoria,
cante todo en la suerte de una
utopía sangrante
porque
después de haber nadado en el
mar

se abren los ojos
y comienza el paraíso real.

La realidad, totalmente
impopular, que se
entretiene en la
parte verde de los
ojos de los hombres.

Posta de pajonales

1

Acuerdo con mujeres de
llanura
encendimos fogatas de caridad
de agua
para dar sombra a los árboles
de Santos Vega, que sonreía
a Rilke, y a Rimbaud le
cedía su caballo . . .

¡Pajonales del sueño
donde flotan (ellas) las aguas!

2

Aquí las cosas queman
como las colinas queman
la sombra de los aires . . .

Es inútil
aguardar de la noche
bocanadas de agua,
el sol se repatría en la
sombra
y raya nuestra mirada.

El océano,
el diablo llameante,
han destrozado nuestra
noche.

¡Vivienda en pajonales!

Ómnibus azul y saurios

Un metro de agua salvaje
era ese rostro;
el ómnibus sangre cielo . . .

Yo no he huido de nadie,
oh hombres, carabelas,
demonios.

Las garzas me empujaron al
ocaso del cielo,
y me empurpuraron el recuerdo.

Yo soy el ciego abierto y al
palmar
que voló del caballo;
el caballo gimiendo la pestilencia
de los saurios . . .

Más que a ti

A Élida Manselli

Mucho más que a las golondrinas en el
suave aparecer de tus ojos,
yo te amo,
y más que al recoger, en un acto de espuma
de mi corazón, a las cañas dulces
solares,
más a ti que a esas vertientes que bajan de
lo invisible
—acompañadas por el sol—
mucho más que a ti, te amo.

LLEGADA DE UN JAGUAR A LA TRANQUERA Y OTROS POEMAS

1980

A
Carlos Rivenson,
Gerardo Pisarello,
Lila Mora y Araujo
y a todos mis amigos más
queridos vivos y muertos

El tren casi fluvial

En la primavera del año mil novecientos veintisiete, contando sólo quince días de vida, viajaba yo por el norte de la Mesopotamia Argentina, en un tren antiguo, marrón, casi fluvial, del que descendí después de treinta y dos horas de viaje, entre las arenas de una estación de vaquerías y puñales, de troperos y criaturales hambrientos vendedores de naranjas y de tortas de harina de maíz amarillo o de almidón de mandioca; de caudillos políticos y sus gentes, con ponchos y pañuelos de cuello llameantes: celestes los liberales, de valiente pero sereno trato, muy cantores de su viejo y épico partido, envueltos en sus delicados ponchillos celestes; colorados los autonomistas, de aspecto un tanto endemoniado, fantástico y bravío, venidos desde lo hondo de los esteros; verdes los radicales, en actitud de defensa del voto libre y de reconciliación entre el gauchillaje de hijos y de nietos de los que fueron lanceados entre sí en anteriores y terribles contiendas políticas correntinas.

Se paseaban solos estos paisanos por el costado de los trenes parados en las estaciones, o acompañaban a sus legítimos Jefes Naturales en la violenta y mágica Tradición ... Jefes moderadores de los rápidos instintos bélicos de sus acompañantes, los pobladores de esos antiguos pagos perdidos. Esos terribles y a la vez delicados Jefes Criollos, cuyas imágenes han quedado para siempre grabadas en la conciencia de mi sangre, conteniendo o dejando proferir un yurú peté o un sapukai (palmeteo de boca, o alarido, para guerra, fiesta o rodeo) a alguno de sus hombres, un poco bandeado por la caña y desbandado en medio de este peligroso señorío de caudillos, domadores, troperos, cuatreros, y mariscadores-cazadores de las aguas con el rictus de los ojos, de la boca y del corazón igual al

de sus antepasados gauchos guerreros de las famosas caballerías correntinas del pasado siglo en nuestras guerras civiles.

Descendí del tren arrullado por el tintineo de las espuelas sangrantes y mojadas por el rocío de un largo viaje de algún habitante gaucho —¿Teolindo Frutos?— de esa región sepultada entre los palmerales y las aguas de líquido celeste y amarillo . . . De esas tierras con habitantes de llanurales (incluidos los de las antiguas guerras civiles) cuyas ánimas perviven, hurañas y brillantes. Todos, vivos y muertos, cabalgando, llenos de lagunas de oro y sangre depositados en su corazón y en la conciencia de su memoria, siempre fulgurante, sangral y móvilmente.

Después de todo esto sobrevino para mí una larga ausencia cosmopolita, para, posteriormente, sentir de nuevo el llamado del relincho del caballo del subtrópico acuático del País Correntino, y volver a entregarme, condenado, a la eclosión de mi "delito natal", reo de muerte de ese amor, que he tratado de ir expulsando de mí en forma sangral, endemoniado por la herramienta de la imagen moderna, en el esteral vivo de todos los colores, alimentado por las hadas del palmeral que, hasta ahora, me tienen reservado un potrillo parejero de oro sanguíneo, para que pueda recorrer siempre un poquito por el Ras de la Naturaleza correntina.

Fue inútil por tanto que a la edad de catorce años me llevaran a estudiar a Buenos Aires. Era ya muy tarde, porque siempre he vuelto y volveré a esa República Natural y Joyante, para recorrerla: en trenes, en balsas, en vapores, en carretas, en canoas, en burritos, en caballos, y si fuera necesario hasta montado en arañitas: Todos ellos transportes a tracción de sangre de oro fino y encantado en el sueño natal-universal del Cosmos Correntino.

Pago Largo, Caá Guazú, Laguna Brava, Vences Rincón, y otras . . . Batallas ganadas y perdidas en la defensa de una personalidad y de una autonomía irreductibles.

A veces veo en los sueños, desde un verde ventanal, un chasqui de guerra celeste y otro colorado, que se cruzan al pie del viento: ¡eso es Corrientes!

Sueño con la batalla de Vences Rincón (1847)

1

Yo grabé el orden bárbaro,
ese orden criollo;
feudales los gauchajes,
el despertar sonoro
de tigres y de yeguas.

Padrilladas de otoño
lamiendo los luceros
costureados al río por las brujas
de las degollaciones.

Resertores,
cuatreros,
ñanduís,
resollaron,
rebebiendo su sangre
en las islas de oro
y, reviviendo,
    me contaron:

¡Yacaré de canciones!
Se ahogaban en el limo
    Nicasios,
    Eleuterios,
    borbotones.
Boleadoras engendradas por la
    sangre
boleaban lanceros del Infierno . . .
. . . . . .
. . . . . .

y velaron,
en el cielo del sueño,
guitarras,
no acordeones,
las purificaciones del
degüello.

2

¡Esterales, devorando a luceros!
Rinconadas criollas
capando al aguacero.
Con un poncho de cuero de tigre,
un recado,
y almohadilla de divisa celeste,
dormía yo
entre el rayo y el estero.

A Enrique Molina

Escritorio criollo y niño ahogado

Viejo Narciso, abuelo mío, que en el año 1883 llegaste a este paraje desde la meseta correntina de Mercedes, en una volanta celeste-negra manejada por el negro rengo Anastasio Jenuario, y te quedaste para siempre en el lujoso palmar, entre el primitivo gauchillaje, lagunas de oro y el esteral guaraní-correntino, abismal y sangrante, pero de delicado y fuerte alimento; entre tigres, ariscos rodeos y baguales salvajes, descendientes de los padrillos y las yeguas —algunos de propiedad del Diablo— que desde los viejos tiempos coloniales casi volaban por las acuáticas riveras, entre serpientes melancólicas y las hadas más terriblemente sexuales de la Naturaleza.

¿Te acuerdas del bandolero Aparicio Altamirano y su banda? Andaban por los montes, y alguno se allegaba hasta los viejos galpones de la Estancia, se sacaba las espuelas y las armas y se acercaba a tu escritorio para pedirte la bendición, y alguna racioncita de caña y de tabaco . . . ¡Cuidaban tus potrillos del tigraje!

En el Paraje, hoy vuelco sobre ti mi corazón, con Miguelito, tu bello niño de once años y largas trenzas, ahogado en la laguna y el paisaje.

Después de su muerte, sólo el negro Anastasio tuvo, alguna vez, trato con tu corazón.

Recíbeme, gaucho de poncho criollo, porque tú me hiciste oración de Corrientes, y te la devuelvo, para ti y para todos los que son nobles a pesar de la precariedad feroz de la condición humana.

Vuelve al rodeo, no lo observes más desde lejos, retraído, con el largo catalejo de cristal: ¡te lo devuelvo a Miguelito!

Me acompaña el viejo ciego Valle Ramírez, musiquero natal en el Paraje, que oyó un vuelo en el palmar y tocó una sinfonía amarilla de frutas del palmeral.

Escritorio criollo y niño ahogado

1

¡Poncho criollo! . . .

Viejo Narciso,
¿Por qué me entregaste a Corrientes?
Al color de los mogotes de
palmerales,
al espeso palmar,
al palmeral aire,
al agua levantándolo al palmar,
al huevo de ñandú en el palmeral,
al potro yaguané al borde del
palmar,
al novillo enredado en el bajofondo del
palmeral,
al ciego de la arpa y el mandolín
que oyó un vuelo en el palmar
y tocó una sinfonía amarilla de frutas
del palmeral.

¡Olor a tigre y a zorzal,
olor a lazo que se tira,
—de a caballo—
sobre el yegual!

¿Para qué me entregaste a
Corrientes,
gaucho de transparencia
liberal?

¿Me entiendes,
cuando cantan los cabellos de oro de tu
ahogado Miguelito,
en la laguna secreta del cantar?

Canoa errante mi alma,
halló el cadáver del cantar,
cantó el cantar,
hundiendo vivo al agua al palmeral
¡Tu niño ahogado! . . .

Un gateado oliendo al tigre
del palmar
busca tu alero
Estancia Caimán.
Parado está el rodeo
y sangra al aire
el largo catalejo de cristal:
. . . . . .

Vuelan los lazos,
canta el pial,
y un chifle en llamas
para incendiar
la volteada en el palmeral . . .

¡"Guarde esa caña
que hay que atajar"!

Mezcla de potros
y de teral.

Un turco viejo
viene a lo lejos
con carromato
para mercar.

Agua en la arena:
Camino real.

A Guillermo Parodi

El bayo ruano

En mi sueño gauchos de todos los colores políticos correntinos están contigo, mi padre . . . Tu poder fue tu bondad y tu tragedia. Nunca violentaste con soberbia a los inocentes y desamparados. Las más pobrísimas viejecillas gauchi-afro-guaraníes fueron tus amigas más amadas. Amado fuiste por violentos adversarios.

En el Paraje de trabajos brutales de rodeos, de alcohol y de políticas bravías, aparecen junto a ti:

¿Ves como pasa por ahí Lau Cardozo? Delicado y seguro, tu gaucho más querido, el suave tropero azul, tu compañero, que se murió en tus brazos golpeado en una feroz volteada de los toros más salvajes.

¡Jefe Criollo, Jamario Valenzuela! Te recuerdo, moderando el impulso, algo bravío, de tus amigos colorados. Tenías amigos personales entre las filas adversarias y esto valía mucho para un criollo de alta gracia como tú. Qué regusto tenía, para más de un hombre de ésos, la caña blanca-rosa-transparente, compartida entre los naranjales de la antigua tierra. Tu naranjal, ¡Qué pulpería pura al aire libre! . . . Los hombres de pañuelo, de poncho y de faja colorada y pies descalzos, se ladeaban pisando las naranjas. ¡Qué tortas amarillas del chinaje! ¡Qué funciones, qué peligros, Jamario!

Hoy te envío esta oracioncita, a ti, que fuiste adversario pero amigo muy querido del errante doctor gaucho.

¡Francisco Sosa! (Don Chitano). Qué manejo suave de tus hombres, los celestes liberales . . . Qué templanza, qué sencillez para actuar dominando, y calmar dictaminando, cuando las violencias . . . Qué Funciones

liberales las de tu Casa Blanca, de Santa Rosa, o en la quinta, sombreada a pico sobre la laguna Laurel-tî donde, porqué tú me lo pediste, Chitano, también adversario y amigo muy querido de mi padre, bailé una antigua polkita correntina ... Señor entre Señores ... Amigo y Tropero entre los troperos y entre los Labradores y pobrísimos Cosecheros ... Qué gloria haber tenido, cuando mis dieciocho años, tu cantimplora entre mis labios.

¡Teodoro Frutos! (Teolindo) ... Ojos verdes; tan parecido el rostro al de un yaguareté ... ¡Mi gran poeta en estado natural! Aún veo sombrillear tu gran sombrero, y el enorme pañuelo verde radical, cruzado, que te llegaba casi hasta la cadera; parado en un día de comicio bravo junto a tu compadre Peli Ramírez, ¡Gaucho de rostro malayo, el memorioso!

Teolindo: pialador inigualable; volteador de grandes toros por las guampas; adivino; tropero; rastreador; ex-tigrero; amador; picador en las grandes caravanas de carretas; fabulador de oro para cien leguas a la redonda, si es que no te conocerían —en secreto de criollos— hasta entre el gauchillaje de la Bahía de Samborombón y la laguna del Tordillo, de Buenos Aires; la Banda Oriental; el Entre Ríos; el Paraguay; Río Grande, Mato Grosso del Sur y el Gran Sertón brasileños; y el resto de la América llanera.

Y al fin de todo el Cuadro, tú, el errante doctor gaucho, el emponchado sobre el antiguo bayo ruano, el Caballero de los Trinos, mi padre, me traes ahora un Trino Blanco para desterrar de mi corazón al Trino Negro.

El bayo ruano

Al fin de cuentas,
¿fui capaz de triturarlo todo por ti, vieja Poesía?
¿Y qué me habrá quedado?
¿"El almendro real de la esperanza"?

¿El duraznero blanco —con galas de abrojo—
que arde sobre
un mantel de sacrificios de otras sangres
de levedad purísima?

Pasa cantando el caballero de los Trinos,
¡pero aún no se ha bajado del caballo!
El caballero que en los grandes corrales dirigía
la introducción
y el despegue de las tropas,
el errante doctor gaucho
con sus caballerías siempre rezagadas para la
despedida de los niños.

Oh viejo tropero azul, su compañero,
dibujado en el incendio de los rastrojos flotantes
del estero,
canta tu canto de espartillar que ardió con el
alcohol del desacuerdo
en el fuego de todos los parajes,
que también las fogatas de la bondad, móviles
fantasmas,
cantarán al borde del Camino Real,
volviendo,
con el fuego,
el aire de alguien,
¿para mí?,
montado sobre el antiguo bayo ruano del
emponchado

para la restitución del Trino Blanco en el corazón del Trino Negro.

A Julio Traynor

Puente Florencia

Le hablo a ti y a mí, niña Florencia, montada sobre
una tordilla alada, y yo sobre un malacara de tormenta:
¿Qué haremos con los Trinos si son Negros?

Todo se olvida. Vuelan todos los puentes del dolor.
Tenderemos un puente al ciervo que olfatea tesoros,
hasta que nos decubra El Tesoro del Olor del Infinito.

Es el invierno y vamos cruzando La Pasarela para
el Tigre de los Sueños. Nos miran asombrados:
un caballito del color de cidra, Ala de oro, que come
algas verdes del estero, y nos miran brujas blancas-ruanas,
sus amigas, y nos mira una garcita que reposa.

Tiene el sonido una esperanza de libertad y un
fuego de oro.

Puente Florencia

1

Todo se olvida.
El rumor es un puente.
El color es un puente.
La mirada de un ciervo que olfatea un
tesoro,
es un puente,
y vuela con el ave que se aleja del
invierno natal.

Vuelan todos los puentes.
Las comunicaciones estallan en fuego y
transparencia.
Sólo nos queda el puente del olor del
infinito,
la pasarela para el tigre de los sueños.

2

Ya se aproxima el viejo invierno
con su canción de baja zona;
el horizonte eleva un puente
con el terror de una paloma.

En el estero hay una brisa
con una garza que reposa
sobre la escarcha de una selva
que al agua entra y se desfonda.

Tiene el sonido una esperanza
de libertad, y un fuego de oro.
Olor de ciervos que olfatean
entre las pajas un tesoro.

A Oscar Portela
y Florencia Madariaga

Mediodía en un remate de hacienda

¡Luicho Merlo, gaucho de la gracia afro-criolla
desparramada por la Cuenca del Plata!

Elegancia natural, fortaleza, alegría más intensa,
no encontraré nunca desde Buenos Aires hasta
los Ranchos Grandes del México indo-criollo.

Yo era un niño, ¿recuerdas? y en un enorme corral
de palo a pique tú volteaste, por las guampas, aquel
toro hosco yaguané, y te quedaste, de un salto, parado
sobre su ardiente cabeza, profiriendo un formidable
sapukai que mi padre te abarajó desde el caballo,
pasándote un chifle ardiendo de caña blanca.

La polvareda del rodeo salvaje me ahogaba, y tú me
envolvías con tu poncho colorado, y te reías a carcajadas,
y prometías amansarme para montado un bagualito
color de llamarada: "para ir a visitar a las
guainas-muchachas-cachorritas", como decías, y hacer
fiesta y baile, que más tarde hicimos, Luicho.

Después nos perdimos de vista largos años, y volvimos
a toparnos en un gran Remate de Hacienda, donde
estabas tú, girando entre el vaquerío, rey entre el
gauchillaje, junto al circular y sagrado estero
Trapiche-Cué.

Una agüita delicada corría para purificar las espuelas
ensangrentadas en un desbande de novillos, en los arreos.

¡Y le pegamos al porrón una resbalada de ginebra
galopante para adentro!

Era una mañana luminosa, una mañana Ley-País
del Día Puro.

Mediodía en un remate de hacienda

Andaba por ahí Luicho Merlo,
gaucho negro,
Rey,
¡y hombre de la Cuenca del Plata!
sin que nada preanunciara un gusto impuro
entre el
olor a caballadas.

Era una mañana luminosa, una mañana
Ley-País del
Día Puro,
lejos de la tormenta,
o de la noche...
así, como cuando yo he querido destronarme de mí
y ser la introducción del aire puro en la sombra
del sueño, aquel estero era circular y macho
de oro en el pre-invierno.
¡Trapiche-Cué, el estero!, cielo-junco redondo y ala
circular de abeja-junco, dinero acumulado
de los sueños del agua del consentimiento
hadal multiplicado por el color infantil de
la delicadeza
del reino del Santo de la realidad y del
relincho
que arde en el pecho del paraje correntino,
memoria sangral del agua madre,
eco,
¡y yo ya no tengo talento, oh gloria, queda mi
cuento
disuelto en el sexo de la luminosidad!
¿De mí?: quedará sólo un poncho gaucho caído
en medio

del cielo.
Están bañando unos caballos al costado del
teru teru . . .

A Roberto Borja y
Gaspar Madariaga

Muerte de Luicho Merlo

Diz que entre las pajas coloradas, que ardían cerquita
de un estero, recostado de espaldas sobre un tacurú,
te morías, y el caballo pastaba a tu lado como en
un encantamiento.

Sonreías, queriéndole abrazar allí al Paraje, y, al tero,
al terucito en duelo de pasitos eléctricos, y a tu
madre, la negra Jerónima, caimanera-gauchi-afro-india,
que aún nos queda viva en el Paisaje.

Los doctores del hospital del pueblo no descifraron
tu sonrisa abierta, y yo no llegué a tiempo . . . te hubiera
levantado de ese fuego, y unidos los caballos hubiéramos
retornado a algún rodeo, y después a hacer baile y a
pegar una zapateada con espuelas, en el rancho de
alguna viejecilla, bailando con nativillas jóvenes,
las bagualitas del palmeral alagunado.

¡Paz y fierro y siempre sangre habrá en tu corazón,
mi gaucho negro!

Muerte de Luicho Merlo

Luicho Merlo
cayó al fuego.
El caballo, ensillado, se
encantaba.
La paja colorada.
El resplandor amarillo del estero
en el cielo.
Criollo negro muriendo,
sólo en la sonrisa abierto.
El tero, tristemente eléctrico.
El tacurú, almohada al cielo.

Nada sabía de su gesto y su alegría
el hospital del pueblo.

A Julio Martínez Howard
y Carlos Squivo

Arazá-tî Rincón

Ahora entraremos a caballo a Arazá-tî Rincón, Jaguar del alba dorada.

Palmeras, montes, lagunas como corazones de celeste oro, boas curiyú, monos carayá, yacarés, animales envenenados en sus propios perfumes, todos encerrados por el gigantesco estero, que allí hace península, hace bahía, y se estrangula de su propia belleza.

Antes de entrar acá, ¡permiso! cazadores-mariscadores de malayas facciones y huraña ligereza acuática; y cuidado con la Pora, esa fantasma-ánima, de la cual una noche en un velorio en el ranchito de Agüicha Franco, decía Pelí Ramírez: "La Pora del Agua tiene mucha vista para el caballo blanco, y se lo suele quitar al dueño cuando pasan a nado alguna agua".

Sigamos, que estamos recibiendo el bautismo de caridad brutal y libre de los montes adatilados, y del agua caliente que sale de la boca del îrupé, esa planta-curandera que anda por las aguas, esa barcaza redonda y natural para cuando la pequeña mona amarilla quiere abandonar el monte, y sale a navegar lentita sobre ella por el estero resplandeciente del invierno.

En los albardones encontraremos un caballo degollado color oro . . . Alguien cobró allí una gran traición, degollando a hombre y a montado.

Ahora nos recibe, y nos huele, en una rinconada de juncos y de guayabos silvestres, una manada de potrancas y potrillos color oro de luna, con un saludo de cabezas huyentes y salvajes por el abra del sueño.

¡Salud, gatos monteses, cuidadores de las tumbas silvestres, en la pleamar de loros y de tigres enterrados!

Arazá-tî Rincón

1

¡Pleamar de loros y de tigres
enterrados! . . .

Algún potro alguna vez,
algún jinete
que ya tiraba lazos de salvación
invadieron esta zona sagrada.

Yo no le pedí apoyo al eucalipto
extranjero,
me co-alumbré debajo de las
palmas.

El gato montés
orinaba
verdes tecitos
sobre mi alma.

2

Alcanfor del yeguaje
sorprendido
en el abra del sueño.

Cuánto cabe en los ojos de querube
y olor de manzanilla
del caballo silvestre.

Mi caballo huele en mí su fuga
rosa,
oh guitarrero, sonriendo en el
estribo.

A Alberto Vanasco

Canciones para D. H. Lawrence

¡Es nuestro sueño, Lawrence y Teolindo!

Cuando llegué al Paraje, caí envuelto en tu poncho,
Teolindo de rayo de lucero. Mi padre nos miraba y
sonreía. Luego llegaste tú, Lawrence, el poeta inglés-galés,
que hechizaste tu corazón del México-indo-criollo,
y te apareciste por Corrientes en aventura, montado
sobre el caballo del amor primitivo y salvaje.

Los tres, tuvimos un pacto secreto de bandoleros para
el amor; y tú, Teolindo, no desconocías que Lawrence,
aunque gringo y letrado, era también un gaucho.

¡"Enorme boca la tuya, como la de un soldado criollo
de Pancho Villa de México"!, te decía Lawrence en
nuestras correrías.

Ahora, el pacto se mantiene, pero ya no es secreto,
es a pleno sol, o bajo aguacero, en luz abierta de
llanuras acuáticas.

¡Lawrence, mi caballo no ha muerto!

Canciones para D. H. Lawrence

1

¿Te acuerdas, Lawrence,
cuando volvíamos del tropear
salvaje en el alba
paulatina?
Mi caballo era de oro sanguíneo,
el tuyo, rojo y negro,
parecía tapado por tu poncho de
México.
Y éramos amigos,
y éramos ligeros
costeadores de celestes lagunas
amarillas,
Lawrence, ¡dos bandoleros!

Antes de dormir, nadábamos.

2

Lawrence, por ti bebo
este vino de abril
en cuerno de tropero:
Mi padre con los gauchos
bebía en él la caña del
Paraguay
rociada por el fuego
y yo dormía envuelto
con el poncho del gaucho
Teolindo-lucero.

3

Lawrence, mi caballo no ha
muerto.
Sale a verte del fondo de un
pantano,
con restos de canoas
dispersos por el pecho;
hoy que en su gala arde aún el
fuego de fogatas
de los cazadores del fondo del
invierno.

A Teresa Parodi

Llegada de un jaguar a la tranquera

Y bueno Jaguar-Jinete, ahora debemos ser capaces
de abrir esta difícil tranquera hacia la amistad y la
hermandad. Estamos solos en este paisaje total convocado
para este recibimiento, y con el ánima fantasma, arisca
e indomable de un antiguo guerrero, hecho cuatrero,
gaucho de nuestras viejas guerras civiles, sobreviviente
errante, pero muy bien montado, de Pago Largo y de
Vences Rincón. Ahora huraño cuidador de esta rinconada
salvaje del País Correntino, con su borbotón de sangre
de la amistad clausurado por el peso de las armas,
que a nadie se ha entregado.

Oh Paisaje-Paraje convocado, ayúdanos, Dios Acuarelado,
a hacer comercio de almas, de armas y de montados,
con esta ánima errante de la autonomía, del esplendor
no hollado y terrible de la criatura encantada, del
fantasma de la delicadeza salvaje: el animita viva
del Cosmos Correntino.

El ex-guerrero, despiadado y sin habla, debe deponer
la gracia sangrante de la mudez de su desgracia y
mantenerse sereno, hasta la hora de la Resurrección
de todos los Sueños: los sueños triunfantes y fértiles,
pero ya desaparecidos; los abolidos; los destruidos casi
sin nacimiento; los desmontados del caballo por la
ráfaga errada del desprecio, del desamor, del desamparo;
y también, para que adquieran realidad, los sueños
impostados.

Debe mantenerse bien montado, después de beber miel
y estero con nosotros, y después de haber capado toda
injusta soberbia, hasta el día de La Última Coronación:
la de la hermandad, cuando, junto a un Gran Fogón
al ras del suelo, se arreglen las cuentas con la Vida
a nivel del horizonte.

Llegada de un jaguar a la tranquera

Desciende, agua criolla.
Paraje, desciende, ¡pero muy bien montado!,
con apero del oro de las guerras
y los rodeos en llanuras gateadas.

Espartillo, áspera y delicada cabellera del
terror correntino,
canta tu canción de hada de llanura.

Desciende, palmeral del borde del estero,
para beber la luminaria caída de la tormenta
de la raza.

Entrégate, oh el antiguo, ex-guerrero, ahora
cuatrero, vengador de la estancia delicada,
solitaria en el llano del llanto,
llano del aguacero,
y pon tu estribo de oro y de reserva
para bajar a beber miel y estero:
Que ha llegado un jaguar a la tranquera.

A Gaspar Madariaga
y Matilde de Horne

OTROS POEMAS

Ríos rosados

1

Rojo ataúd de zanjas mortuorias
en los bosques invernales,
he volcado tu agua,
bebieron mis caballos
y salieron cantando del terror.
Amarilla era el alma.

2

No te he olvidado, mi color de la
poesía.
No he olvidado tu casa de manteles
acuáticos,
vareados por el agua,
los rodeos de ganados criollos proyectándose
en el cielo,
ni a la bruja del caballo ruano
en la alborada de gritos salvajes y
palmeras.

Oh nuevo resplandor del horizonte,
la imagen ya de mí no necesita
pero yo necesito de la imagen
del fuego destructor de la
ignorancia.

Y "la extraña muchacha de párpados
arcangélicos"
custodiada por una rigurosa mulata,
¿adónde iba, en ese carruaje de los
esteros?

A Olga Orozco

Madrugada entre caballos

Qué magnífico País que es . . .
Cómo a los subjetivos les da subjetividad,
cómo a los objetivos les da objetividad,
y la miel,
y el loro salvaje,
y la no-imperdonable caída del estero en el infinito,
y el bosque, pudriéndose en el depositario estero,
con el herir del alba en la mano del mono,
y el curandero-yeguarizo entreverado con los otros
caballos:
el inocente parejero,
la yegua de la rosa sagrada en la rodilla,
y el padrillo de la bondad criolla en llamaradas.

Contraamparo

Está el hombre presente.
El filo de la medianoche.
La tormenta de la ex-tormenta.
El cazador al viento.

Lo inmediato no aparece ni desaparece,
está desnudo en medio del contraamparo,
la no-guarida de lo imperfecto
y el canto del azul zorzal.

La lluvia es agua de oro en lo inmediato
del corazón, el cosmos es el ensayo
primero y sangrante de lo infinito.

La sangre lava el azul imperfecto de la Tierra,
y vuelve todo a la morada de la alegría.

¿No me disculparé ante el tigre por este "ensayo
filosófico"?

La noche me ha colocado en un castillo en medio
del palmar de Dios.

El alba es el encantamiento popular del planeta.
Buenas alba, dolor.

A Edgar Bayley

La balsa mariposa

1

Los ruidos del invierno en la ciudad hacen que
yo busque, con desesperación inmóvil, los
ruidos de otra época lejana:
los ronquidos de los degollados en las
orillas del juncal.

¿No puedo ya grabar un escenario?
¿Los sonidos de un monte al costado de un
hombre a caballo?

Oh garzas, depredadoras de cielo, casi retenidas
por las flores de las aguas, contrabandistas
de las sombras de aromas, el aroma del
crimen de otro monte penetra en el palmar,
al menos popular, y sin loros.

En las albardones encontraréis un caballo
degollado color oro.

Fue allá en el porvenir de una querencia sombría,
alegre, lúcida, viajando en la sangrante
balsa mariposa de la concreta y salvaje
estación.

2

Navega,
cabalga,
toca tierra,
vuela,
se posa,

carga:
hombres vivos
y muertos,
caballos,
bastimentos,
trenes de aire
y agua,
carretas,
musiqueros natales,
buhoneros,
enterradores,
labriegos,
domadores
troperos,
promeseros,
bandoleros,
cuatreros,
cazadores-mariscadores,
Jefes Criollos,
botijuelas del "entierro"
desenterradas con espuelas
de oro y monedas esterlinas
de los antiguos feudatarios.

Balsa con bellezas de mujeres
amarillas
que parten hacia el confín
del entresueño,
y jinetes que marchan a caer
con su caballo
al horizonte donde comienza
"la fin del mundo".

Balsa de brujas blancas
mensajeras de ejércitos en guerra,
o,
a veces,
sombras negras, celestes, coloradas,
verdes:
estas tres últimas,

sombras de chasquis políticos en el
país natal.

La balsa mariposa que una noche diurna
de tormenta
me condujo a un palmeral acuático
donde nacían millones de
luciérnagas.

Balsa con correos del zar-azar de la política
del sueño,
de la política con pactos de honor
bajo aguacero
o bajo el sol,
de los legítimos Jefes Criollos,
o balsa parada en medio del río,
con otros criollos:
asesinos, sombríos,
incorregidos ni por el machetazo de
Dios,
abriendo allí las urnas fraudulentas
en el alba escindida,
pero que
"después del güincheteo y todo el
plomo que le metieron desde la
orilla los contrarios"
cayeron a ensangrentar los arenales del fondo
del estero.

Balsa con tigreros retrasados,
con el aliento amarillo de sus víctimas
corroyéndole el sueño.
Balsa con torteras y naranjeras de oro,
con mulatas verdes de ojos dorados,
con cigarreras de muy poca habla,
con gitanos productores de algún truequeo
o algún dinero asilvestrado
surgiendo de las hemorragias del estero.
Balsa con domadores tartamudos
sobre fletes de pelaje yaguané.

Con curanderos doctores del manantial
viajando hacia las hierbas de las aguas
sumergidas en el tembladeral de los
"secretos",
o volviendo al ranchito
donde sangra la consulta de la joven
mujer,
o la del forastero de las islas lejanas
que caminan.

Balsa del padre mío,
amado por violentos adversarios,
por cuatreros,
boleadores,
mariscadores,
ex-tigreros,
mendigas y rezadoras
en el alba silvestre de los pequeños pueblos
con gallos y letrinas,
amado por troperos
forasteros,
¡con tantas idas, vueltas!,
orientales aquerenciados
con el cinto culero
y el chifle perfumado de caña
blanca,
amado por ingleses agauchillados
y también por labriegos muy pobres
de palidez legal,
amado por estancieros antiguos
con el prestigio y la paternalidad
del fuego,
y amado,
sobre todo,
por pobrísimas viejecillas gauchi-indias
que cuidan las tranqueras
en el aislado espartillar,
y salvan,
a veces,
al cuatrero baleado que desembarca

en el salvaje palmeral del borde del
estero.

¡El pobre padre mío, sencillo como un mujik
del universo!

Balsa de los rezos y las prohibiciones
de mi madre,
de belleza italiana,
que rezaba contra el alcohol de todos los parajes
del "estrellado" criollo.

Balsa para la criada,
casi india,
hija de un bandolero que huyó hacia el Paraguay,
que aún hoy me purifica el sueño
desembarcando con una trompeta de tallo
de clavel para llamar al almuerzo de
sus niños
y encantar a las monas amarillas
y serpientes
con pieles salpicadas de islas lilas
junto al Pequeño Teatro
de juncos y tacuaras,
en la salvaje orilla del estero.

In memoriam
Chana, Clemencia y Sofía,
chinas indo-mulatas,
que me criaron.
Y de Kiyú, que fue
tropero y domador
suave.

Adatilados. Coloración de la floresta por abundancia de datileros salvajes.
Arazá-tî (guaraní). Lugar donde abunda el arazá (guayabo).
Carayá (guaraní). Clase de monos cuyas hembras son bayas y los machos negros.
Cinto culero. Lo llaman así en la Banda Oriental, en Corrientes, 'tirador'. Es un cinto del que pende un cuero de carpincho o de ciervo, curtido, que abarca las caderas y cae hasta el tobillo. Generalmente el ruedo inferior termina en calados o en flecos.
Curiyú (guaraní). Boa constrictora de los esteros.
Entierros. En épocas de guerras y asolaciones los antiguos feudatarios enterraban sus dineros, joyas, arneses, y así quedaron botijuelas de barro enterradas en antiguos parajes.
Güincheteo. Tiroteo con winchester.
Irupé. Victoria Regia, planta acuática de gran diámetro y con poderes medicinales.
Kiyú (guaraní). Grillo.
Laurel-tî (guaraní). Lugar donde abundan laureles.
Mariscadores. Se le llama en Corrientes a los cazadores furtivos de los esteros.
Ñanduis (guaraní). Significa "pequeños avestruces", y así se denominaba un escuadrón muy escogido de gauchos guerreros correntinos, "con la celeridad de los pájaros y panteras a la primera señal". En las guerras civiles del pasado siglo, fueron escolta personal de los Generales Joaquín y Juan Madariaga en Corrientes.
Sapukai (guaraní). Alarido.
Secreto. De curar en secreto los curanderos.
Tacurú (guaraní). Montículo de tierra con hormiguero.
Teru. Por tero.
Trapiche-cué (guaraní). Lugar donde hubo un trapiche.
Yacaré (guaraní). Caimán.
Yurú peté (guaraní). Palmearse la boca.

UNA ACUARELA MÓVIL

1985

Una acuarela móvil

A Roberto Borja

Campaña subtropical y acuática del norte de Corrientes, con primitivo gauchillaje, hombres de a caballo o de canoas, poetas anónimos y en estado natural, bárbaros de la belleza de la intemperie y de la más ardiente bondad, que son los que primero influyeron en mí.

Llanura gateada, celeste, colorada, verde y amarilla, que se vive probando en sangre contra las condiciones de la nada, entre un reverberar de ondas solares y lunares, con sangrías flotantes de degollaciones, en esterales, de antiguos guerreros criollos o de bandidajes.

Una región aislada, recargada de lagunas con arenas de oro anaranjado y de grandes ríos-esteros, circulares o alargados como frutos tropicales, que se estrangulan de su propia belleza autonómica, y duermen —detenidos o móvilmente— una lujosa anacronía de todos los olores y colores; planos bajos de antiquísimos mares retirados, con las orillas cargadas de palmeras celestes, coloradas, verdes, penetrando o saliendo de las aguas.

Tierras morenas-claritas o rojas-rubias como las dos clases de lechos, de cabellos y de piel de las primitivas hadas contrabandistas de tesoros para el amor, que por allí peinaban sus cabellos.

Apariciones

A veces, recibo indicaciones —muy rápidas— de una jinetería armada y con lazos de cuero de ciervo resplandecientes y rematados con argollas hechas con huesos y sonrisas de jaguares. Son las ánimas de los antiguos guerreros, bandoleros, troperos —no desmontados aún del cosmos de su guerra contra *la realidad*— que me ordenan proyectar todas las imágenes que yo haya recibido de esos móviles pedazos de recuadros del mundo. Y a esas órdenes, implacables, pero fieramente nobles, se les unen los *secretos* que a mi sangre le hicieron escuchar los que, de entre aquéllos, conocí vivos, y cuyos peligros y bondades adoré.

Ánimas que a veces sofrenan sus caballos a mi lado —pero con las armas bajas— ¿esperando qué de mí? Arremolinados y envueltos en sus ponchos, con aspecto de ángel o de demonio beduino-gauchi-afro-hispano-guaraní, bebiendo, en enigmática mascada, el agua del tabaco.

Sí, los conocí vivos, en viajes a caballo por antiguos Caminos Reales, con arenas del color de las sangres asesinadas e históricas, o en largas troperías de vacunos y de yeguarizos semisalvajes, por entre espesos palmerales, cargados de perfumes de frutos amarillos, y por angosturas entre esterales, con ráfagas de saurios, cautivados y proferidos de su propia acuarela.

También los conocí en los ranchos, bordoneados de guitarras y belicosos acordeones, entre el incendio de la caña paraguaya —que los hacía llorar de fiereza, y les llenaba los ojos de hechicerías para crímenes— envueltos en los colores de sus adorados partidos políticos, bajando de redomones cuyas colas arrastraban por el suelo, para mezclarse con las otras concurrencias

de arcaicos labriegos del maíz, el maní, la mandioca, el tabaco y las sandías de pulpas amarillas, y con aquellos cazadores de malayas facciones y de huraña ligereza acuática, saliendo de los mares de lo arcaico, con el rostro salpicado de arañitas overas de los juncales. Y también, para mezclarse con aquellas concurrentes mujeres, de rostros melanésicos, pequeñas y dulcísimas, algunas mulatas verdes de ojos dorados, que huían, cuando las violencias, o se deslizaban cuando los amores, para refugiarse entre los naranjales restallantes de luna y de rocío.

Mujeres que me relataban —en inocente idioma guaraní— sobre hallazgos de restos de antiguas volantas, desenterradas en las orillas de los ocultos tembladerales; o sobre apariciones de mujeres bellísimas, vagando en balsas fantasmales, abrazadas a los cuerpos de los degollados en las viejas guerras civiles o en la terrible Guerra del Paraguay. Balsas con alguna rigurosa mulata —armada hasta los dientes— que cuida de una doncella especial *de párpados arcangélicos*, que abre y alza las manos hacia las estrellas, y canta, revelando todo el secreto del Diablo.

¡Ah, indietas, inditas, criollitas, mulatitas, purificadoras y encantadoras de jinetes y de caballos, guitarreras contra el infierno, alimentadas con la sangre del palmeral, cuyas entrañas se encendían recordando y oliendo, en los sueños, los aromas en celo de las tigras y las onzas —de casi alquímica fugacidad, cuyas manos parecían calzadas de palomas amarillas— en las orillas del antiguo y ancestral estero!

Palmeras en el agua

Este es el país de colores tan aurorales y como contemplados desde una barcaza de desembarco que atraca en una antigua bahía, que fuera guarida de tigreros y de cantores, y hoy es el dominio secreto de las doncellas-brujas, descendientes de aquellas *brujas blancas* que fueron las aliadas y las mensajeras de los ejércitos en las viejas guerras civiles, y cuyos mensajes aliaban a los tigres con los guerreros, haciendo retemblar a las lanzas de la autonomía y de la irreductibilidad.

País bilingüe y de inocencia, dramático y político, que también yo conocí desamparado y bandolero, de hechicerías y de crímenes, pero donde la miseria y la ignorancia no han podido anular a la móvil poesía de las aguas y de los colores, de las pasiones y los pactos, secretos o a pleno sol.

País donde cada hueso de paisano bandolero que careció de servilismo, es una flor.

País que lava su boca con el agua del tabaco, y su cuerpo y sus caballos en los puertecillos naturales de las bahías de las lagunas florecidas.

País de jinetes criollos y también de paisanaje más indígena o mulato, cuyos compañeros primordiales son: el más absoluto poder de imagen que, aunque desaparezca, dejará el habla guaraní, encantada del animita viva de su cosmos, y también las palmeras —las que tienen espíritu blanco y positivo— y que oscilan encendidas como lamparillas de Oriente o de Poniente, cuando se van levantando, o enterrando, entre las aguaradas y la complejería de caminos de hadas, de cielos y de terrores sudamericanos.

Desde este Reino Natural, de arisca republicanidad, donde toda palmera canta, salva y acuerda a hombre, paisaje y revuelta de las aguas de las negaciones y de las esperanzas, creo haberme extraído, después de trajinar por los Caminos Reales de esta tierra con olor a polvareda de joyas de las hadas más primitivas y más bellas de la vida y de la muerte.

Después de todo esto las armas europeas —y de otros continentes— me detuvieron en mi camino, y apuñalearon, en mí, al centro de oro del agua del espíritu, allí donde se originan los tembladerales y los manantiales de vida-muerte de la raza de la poesía, y los puñales rebotaron, con las imágenes prendidas a los filos de su sangrante resplandor . . . Eran los tiempos en que se mezclaban en mi experiencia los cuadros-vivos de aquellas arcaicas y lujosas campañas, atípicas y salvajes, con las imágenes de la esbeltez del mar, y también con las imágenes de los errados paisajes industriales metropolitanos. Sucediendo todo esto con la mirada lejana, verde y felina del primitivo gauchillaje clavada sobre mí y proyectándome los esteros milenarios y ardientes y los palmares, cuyos aromas amarillos conmigo respiraron mis caballos —de muy veloces oros sanguíneos— y me lo recuerdan siempre, llamándome con un ruano piafar contra el olvido.

Trinos blancos o negros

Con los primeros viajes y la vida entre estudiantes y amigos metropolitanos, llegaron los poetas de todos los tiempos, algunos de ellos muy vagamente, y casi adivinados, como Rimbaud, el genial descendiente de los antiguos galos, diciendo:

Pues el poeta es verdaderamente ladrón de fuego. Está cargado de humanidad, aún de animales; deberá hacer sentir, palpar, escuchar sus invenciones. Si lo que trae de allá abajo tiene forma, él da la forma, si es informe, él da lo informe.

Y más adelante continuaba: *¿Cuándo iremos, más allá de las playas y los montes, a saludar el nacimiento del nuevo trabajo, la nueva sabiduría, la fuga de los tiranos y de los demonios, el fin de la superstición? a adorar —¡los primeros!— ¡la Natividad sobre la tierra! ¡El canto de los cielos, la marcha de los pueblos! Esclavos, no maldigamos la vida.*

Después de estos primeros contactos, llegaron los antiguos. Hesíodo, con su Teogonía; Homero y sus rafagaradas de hombres, caballos y navíos; Píndaro, en la grande y profunda elegancia de sus Himnos; Virgilio, que curaba *en secreto* a los caballos en la campiña toscana; y llegó el surrealismo de otros tiempos, negreando en la condena, o alboreando en el paraíso; llegó Dante, vagamente; y Quevedo, el de *Los sueños* y los sonetos de monarquía libertaria; el casi único, y máximo rebelde, Cervantes; Garcilaso de la Vega, el finísimo poeta, amante y bravío caballero de Carlos V; San Juan de la Cruz, cayendo con la poesía en el más puro destierro entre azucenas; Góngora, montado en su *caballo andaluz de ociosa espuma*, que puso patas

para arriba a toda una época con sus metáforas-imágenes; llegaron los dos Testamentos, con sus profetas, Eclesiastés, Apocalipsis y el extraordinario Jesucristo. Y después de un gran salto, los románticos alemanes, con Hölderlin, Kleist, Novalis; y los ingleses, con Shelley, diciendo: *El fin de la corrupción es destruir toda sensibilidad al placer; y por ello es corrupción. Cuando tal período se avecina, la poesía se dirige siempre hacia aquellas facultades que son las últimas en ser destruidas, y su voz se escucha como los pasos de Astrea abandonando el mundo.* Y llegó *el montevideano*, Lautreamont, que, según Enrique Pichón Rivière, nunca habría podido olvidar de su infancia *El largo sitio* (1843 a 1851), con sus asaltos, fusilamientos, *patrullas y los homenajes con tambor apagado*, como tampoco la ferocidad, bondad y colorido del gauchillaje oriental, que conoció en largos paseos y nataciones por las orillas del río-mar Y llegó Whitman, que escapó de las frustraciones de la guillotina francesa, pero también escapó de la Santa Alianza, y devino en sus Estados Federales, con su exaltación cósmica, vitalidad e infinitud en todos los órdenes. Después llegó Baudelaire, diciendo: *La poesía es la negación de la iniquidad*; y Darío, destrozando el mediocre y nefasto idioma de la Regencia española (con excepción de Bécquer); Apollinaire con su espléndido manifiesto titulado *El espíritu nuevo y los poetas*; y llegaron los surrealistas europeos de este siglo, en estado de rebelión, y con su trilogía de exaltación del amor la poesía la libertad; y más tarde, el reconocimiento de Breton de que, a diferencia del viejo continente, el surrealismo en América *era un estado natural del ambiente*; y aquellas palabras de nuestro poeta y crítico Aldo Pellegrini, diciendo: *Con la conmovedora piedad o la desesperación que trae aparejada la miseria, la vida incumplida. El tema de la frustración es particularmente sensible en la poesía latinoamericana. Y con él la turbulencia de los deseos, la aspiración a un mundo mejor.*

Ahora, y en el nombre de la América ibérica-beduina-guaraní-gauchi-afro, aparece en la acuarela

João Guimarães Rosa, el gran sertanejo, que anduvo cabalgando primero entre el gauchillaje de Río Grande del Sur, después por las altiplanicies fértiles del río San Francisco, donde abunda *el buritĺ*, palmera de entre aguas, y finalmente, durante 20 años —como médico rural— por el Sertón del Nordeste, y allí fue amigo de viejos bandoleros, *yagunzos* en retiro, vaqueros, todos de a caballo y con la memoria llena de alzamientos en armas, con jefes terribles, implacables, pero hidalgos, en algunas ocasiones, con los vencidos que habían —como ellos— peleado bien, y no eran agentes de poderes centrales. Trajinó por feudos de topografías fantasmales, entre muy pocos ricos, caídos, y muy pobres, todos enloquecidos, atípicos, personales hasta el delirio. Y con todas estas imágenes, Guimarães terminó, a mi entender, para siempre con los falsos nacionalismos doctorales. ¡Cuántos personajes, hablas, rictus, resbalaciones, reacciones, ruidos, escuchas, silencios, disposiciones, rastros, rostros, parecidos a los que yo había conocido, junto a mi padre, que fue un doctor gaucho, y jefe político de gauchos pobres, ariscos, muchos de ellos cuatreros, de gran peligrosidad o de fanática y silenciosa fidelidad, en la bravía campaña del norte correntino, entre 1920 y 1946!

Hagamos una cadena de oro, agua y sangre anónima con los poetas, y veremos resplandecer, en cada trecho de esa cadena, algunos nombres, como: Libertad, Esperanza, Desesperación, Explotación, Iniquidad, Países Natales, Planeta, Viajes, Agua, Estrellas, Sol de Muerte y Sol de Contramuerte, Terrores Pánicos, Dioses, Dios, Color . . . Y si es cierto que la poesía es una isla —como tal vez alguno lo pretenda— lo es, en todo caso, con una superficie acorde con la que podríamos imaginar para una isla ubicada en el corazón del Lago Nacional del Infinito. Una isla-base, donde el hada arcaica de los ancestros y de las transformaciones templa las armas que luego serán, inexorablemente, hundidas en el corazón infecundo del desamor y del desprecio.

Enredada y desenredada en una ética de fuego de los sueños —y desde distintas direcciones del espíritu—, sin *fiscalizaciones exteriores*, ella trabaja siempre a nivel de la pasión: con el sol, con las tinieblas, con la luna, con los burritos, con los tigres, con los hombres —en estado de boda o de desastre—, con los caballos —que son la verdadera realeza de esta tierra—, y con los trinos blancos, o negros, de la suerte.

RESPLANDOR DE MIS BÁRBARAS

1967 - 1985

A Oscar Portela
y Julio Traynor

Dios es el único ser que para reinar no tiene necesidad de existir.
Baudelaire

Una noche, de hace mucho tiempo, decidí re-emitir, alguna vez, todos los acontecimientos —¿los geográficos, hasta el delirio?— de mi vida pre-actual, y de todas las vidas penetrantes de los ya muertos muchos que poblaron las subregiones de esterales y de palmares, en permanente incendio celeste de lagunas y de otras barbaridades, naturalmente populares.

CONFUSOS SUEÑOS CRIOLLOS

El ómnibus azul

¡Salía de una ciudad hacia ciudades!

Pero otras aguas se atravesaban en el comenzar
del día,
y como si hurgaran en el retemplar de los días
brillantes,
despuntaban en la tela invisible.

Las aguas y las manos se agitaban
trepando ese costado de colina
del ómnibus azul.

La ventana fluvial

1

Estoy con el monte al alcance de la
mano.
Un río inmenso y rojo.
Selva liviana caída en verde y sangre.
Mendigos, barcazas y ratones verdes del
infierno auroral de la siesta,
en la vereda del ventanal americano.

2

¡El tráfago costero!
Una ciudad de errores y de río rojo,
idiotas,
y algunos por los que siento
un desprecio frutal y pan-climático.

Entierro de los colores

Los vientos y los gallos cantaban con
sombrerones amarillos.
Yo recién llegaba de la llanura llena
de agua.
Me había perdido en el mediodía solar,
con un hada que me cantaba en el entierro
de todos los colores.

Un fuego en el palmar

A Julio Martínez Howard

Son piedades-perfumes
que me ha dado la sombra,
en las prolongaciones
populares del llano.

Confundido, entre las aguas
vírgenes
y la miseria de la orilla,
he detenido mi caballo,
cansado de nadar en las aguas
profundas,
y he saludado al gallo de los
colores de Gauguin,
entre las brujas de unos
ranchos.

Empalme de caminos

Suave como las moscas o las ratas de
la colina,
así cantaba el leproso Hilarión contra
su sangre.
Una avispa alazana le bordeaba el
vino,
y el hurón de un gitano le rondaba la
carne.

¡Ah, tiempos, en Julio!
Un mendigo en la helada forastera.

El país entero estaba borracho,
y el ciego veía en sueños
    los palmares marrones.

Musiqueros natales

1

¡Pobres diablos,
desgarrados por las mujeres!
sobreviviendo fuerte
en el altar de caña del
cantar.

2

El arpa del pantano.
Cantan todos los loros.
Se riza todo el aire.

¿El tobiano?
¿Dónde estará el tobiano?
¿En los hechizos del azar?
¿En la memoria de alguna
revolución?

Función en la campaña

A Eduardo Paglialunga

1

¡Las mejores energías,
los incendios de caballos!

Sonámbulos de un lujoso palmar verde,
no enterraréis junto a mí mi mirada.

Soy el capitanejo de la burla:
la burla del azar a la sonrisa,
del poncho verde al sobretodo,
del cálido al tiritante de lo austral,
la burla del jinete al andador,
burla de los roídos al espantajo
burla del sonreído a los raídos.
¿Del infeliz al afeitado de los llanos?
¿Al ascensor, de las palmeras de los
ríos?
¿Burla de Don Marqués al macró enano?
¿Burla del agua encinta entre los niños?
¿Burla del rasgo azul de mi caballo?

¿El potrero abandonado a las arañas?
¿Todas las yeguas rosas en el agua?

Abril de los jinetes boca lacia,
el indiano al desierto se ha fugado.

2

Espiando . . .

Más allá de la Soledad y del Derecho,
reverberan los climas,
y yo anido en mi sublevación y en mi
desprecio.

Oh cantores,
oh jinetes,
oh parejeros del descorrer del
clima:
¡abunda mi mirada!

Apariciones en un viaje a caballo

A Julio Salgado

Fin de la tarde.
Se veía en el fondo del cielo bajo una
sangría de invierno,
y también de infierno,
al ras del rastro ardiente de un mar.

¡Viejos amigos!
aparecían y desaparecían.
Los de la poesía, se desgarraban entre la
destrucción o el alimento libre de
mal,
y después, caían bajo la luna removiente,
entre cálidos esqueletos de caballos
retrasando la partida de esa luna,
la huyente limpiadora de cadáveres.

"Un claro caballero de rocío"
galopaba por el descenso de las dunas.

CINCO HOMENAJES

Se me ha llenado de colores la cabeza,
el paisaje de la vida está negro,
conjurado rojo y lila.

¿Y tú, Aldo Pellegrini, estás con la mirada
sangrante, en alguna nueva encrucijada
de la materia?

Oigo cantar de alegría al diablo blanco
del cosmos,
junto a la llamarada blanca de tu cabeza.

Te rogamos: ser lo bastante áspero con los
primeros airecillos cautos del
universo.

Te recordaremos, hasta la hora de la Primera
Cena Abierta, junto al Lago Nacional
del Infinito.

João Guimarães Rosa en la muerte

A Lila Mora y Araujo
y Octavio Mora

João Guimarães Rosa,
¿te acordarás algún día de mí?

Cuando los entendidos descomponen
novelas,
sertanejo,
¿me recuerdas a mí?

Cuando no huye el yacaré amarillo,
y el agua del buritizal,
llena de flores,
es muy pesada,
¿me recuerdas a mí?

Y cuando la serpiente
la especial,
que desliza su corazón en la caliente
agua,
rememore mi amor,
¿te acordarás de mí?

Tú, y yo, y el hada sexual de la naturaleza,
los tres,
seres sencillos,
dormimos, alguna vez, sobre el
apero,
¿y el agua?: no se nos escondía,
ardiendo, terriblemente, en su leve
sexo.

Mientras se cubre el monte
con una marejada de razas,
nublados de cuchillas hacen sombra
y cruza el parejero de Corrientes.

Atrás, muy atrás, planea una sombrilla
de aves,
vaga se moja la sombra de la tierra
y huye en una tordilla alada.

Una palmera entre las rosas

En la muerte de Aire, palomito ciego

Unas patas rojizas,
oh columnitas del homenaje del color.

Pequeña tumba del jardín,
¿me escuchas?
La mirada de Aire es ya una piedra de
miel solar,
y la tierra abre sus ojos a los ciegos,
los ojos que estuvieron encendidos
entre la plata viva y negra y
verde del Poniente,
ojos llenos de las aves de la noche,
ojos que volverán siempre a la mirada
del amor.

Aire tendrá los ojos verdes para visitar
al sol,
y será una palmera rojiza
entre las rosas de la sombra de la
luna.

Volviendo de la costa

A la memoria de
Juan Antonio Vasco

Se escucha el balanceo de un ataúd en el
infinito,
y el rosario ensangrentado de la palabra
collar:
collar de amor,
collar de aire.

Bocas acollaradas desperfuman las sombras
de las lagunas,
amándose en el celo del poniente.
Hierve aún con el hervor del mar nuestra
arenita viajera:
volvemos de la costa
y al pasar por la ladera líquida y plana de
Chascomús,
se sonríe una sonrisa
color de sol y de diablo.

PALMARES COLORADOS

1

Te evoco, palmar colorado del unílico
corazón del hombre, esta noche.
Ven a salvarme de las lianas del
Comercio.
De las imbéciles Senadurías de la
tierra.
¿Tierra que se desnuda en la tiniebla y
huye para el centro?
¿El centro solo obstaculizado por la
humedad?
¿O en el invierno universal de los
sueños,
a la sombra de las salvadoras realidades?
¿O en el ataúd varado y balanceado por el
terror en el infierno?

¡Oh, no, yo te respondo, resplandor de mis
bárbaras!

2

A veces, las brumas inemocionales,
las del horizonte del País Mercantil,
velan las lejanías de palmeras vestidas
de corales.
Yo no estoy entre estas gasas sombrías,
en este humo de rosales podridos de la
ignorancia;
estoy entre los vientos del cielo o del
contraamparo,
y nado contra la corriente de vuestros
quebrantos,
pequeños mercaderes unidos a la fragancia
de los nuevos poseedores de las
tierras:
en cuyos despachos se alojan las sardinas
y el verano meado por los cerdos.

3

No podré salir nunca del hechizo natal
hasta no haber terminado con las cóleras
y los resplandores de los asesinatos
y las miserias artificiales del
desamparo,
reverberando en los paisajes aún más que
naturales.

Si no logro quebrar estas desnutriciones,
estas fantasmales imágenes de alcoholizaciones,
humilladas y desenterradas frente al
copuleo acuático de las esperanzas,
que no me entierren bajo las brillantes
navegaciones-alteraciones de este
paisaje:
que me recuesten en el lejano este uruguayo,
donde cante una barra de laguna que desemboca
en el mar.

4

Aterrorizado por los paisajes de la
poesía,
vuelve a sangrarme la poesía por la
boca.
Yo ya no escucho más que el retumbar
de los negros del sol.

EL PARAÍSO DEL ESTERO

A veces, cedo mi lazo a los bandoleros
de la plena luna,
que sólo respetan a la fragancia de las
hadas amarillas.

El ataúd de oro

1

¿Y aquellos otros,
que fueron ancestrales cantores,
saldrán del fondo del agua,
reapareciendo,
y espiando,
como yo?

2

El brillo era muy intenso y muy
suave.
Los tigres traían las bocas cansadas y
amarillas:
su pasaje era observado por las aves
de mente sencilla
con tempestades de oro,
y un ataúd de otro oro,
aparecía y desaparecía
en el borde del pantano.

3

Trino y terror:
una pequeña ave se equivocó de
fiesta,
mientras corría del verde al
amarillo,
y el ataúd de oro se encendía
en el fondo del pantano.

Albardones

A Lucio Madariaga

1

Los montes surgen a lo lejos
y con ellos se levanta todo el polvo
del fuego y del agua de las mis
entrañas.

Mis amigos, los silvestres, ascienden
en la mañana lila atigrada.

2

Oh mi camino del tigre y de las
garzas,
yo bebo en la ciencia no-ficción
con mi potrillo de oro siempre
sanguíneo.

Canoa y bruja blanca

¿El mismo cazador cautivante y celeste?

Canoa de esmeralda en la puerta me saluda,
levemente salvaje.
Habito en Casa de Oro como las flores de
la madera de estas aguas,
y bebo de las sombrías purgaciones del
estero.
La serpiente arrollada es una isla lila.
Mi corazón confirma su herida junto a una
bruja blanca.

El paraíso del estero

1

Cuando el pájaro,
pájaro del amanecer que detiene la tormenta,
llega hasta el fondo del verano colérico
y con sombras blancas,
que deslumbra a mi cabeza,
oh rey del mediodía, vuela mi sangre con la
tormenta del verano,
y la húmeda reina del amor
—con aros en el rostro—
reposa en el fondo del paraíso del estero.

Cascabeles de serpientes-leyendas
cantan desde el país del odio,
que me hace llorar de fuego,
y en el río salvaje nada el niño salvaje,
¿y quién lo podría recibir,
si aún nada,
y tiene el espíritu en los ojos?
Y aún canta,
y no podría dejar de cantar su corazón,
que sólo busca enterrarse
con el río de cristales rosados,
sin poder desligarse de la tierra.

2

Me he descubierto en mi propio corazón,
tratando de envenenarme en las vastedades
de las aguas.
La serpiente era la principal belleza
dominante entre los colores de mi
sangre.
La serpiente que ardía en el final de la
frescura de mi memoria,
y copulaba con el tigre que salía intacto
de entre los juncos de oro.

Después de todo esto,
¿comprenderéis que no pueda decretar,
definitivamente,
ninguna Poética?

CUENCA DEL PLATA

Jinetes en el palmar

A Ala

1

Sutilmente, con la delicadeza de un
gaucho de antaño,
y la mitad de mi vida,
vivida,
aroma en mí el bufido del caballo
del Oriental,
trascoloreado entre el tigraje
criollo.

Selva, cuchilla, visión, aroma, sangre
de flor,
¿ahora qué, quién soy en este sueño?
¿Soy un jinete de Artigas?

2

Ellos también huyeron,
tajearon el pantano.
Toda la melodía
se quedó en mis caballos.

Contradegüellos

A Gustavo Cornejo Saravia

¿Se han perdido las rosas de las
condescendencias?

¿Adónde están esas gracias de librar
del degüello,
de bolear mejor,
pero no degollar?

¿Adónde están esos gestos de gaucho-indio
acorralado,
pero no degollado,
sollozando por lo ruano de un
piafar?

¿Adónde están esas boleadoras,
boleando el resplandor de negra o india,
y las vihuelas y el alba
coloreando
en la función
o el corral?

¿Adónde está mi propio cancionero,
y la mano que entreabría,
levemente,
al palmar?

Estoy a mil kilómetros,
pero también escucho la vibración del
mar.

Resplandores

1

¿Quién con el rumor de unos toldajes
mestizos,
me arresta,
con el resplandor y el relincho
de una historia ruana?

2

También me estremecieron ponchos que ardían
bajo puñales,
y una sombra lejana de océano
que corrigió con sal
la caña dulce solar
de mi memoria,
bañándome los puentes del estilo,
la suerte,
la soberbia,
muerte y aire,
con el resplandor de un himno
de terror inocente.

3

Terror de las campañas
arisqueadas y bárbaras,
y aquel temblor de mis acompañantes,
durmiendo junto al foso colorado
de las degollaciones
esterales.

4

Soldadescas y bueyes,
cantores populares,
y fletes que horrorizaron a mi madre
—que era de un azul levísimo
de cantante italiana—
cuando, él, ardía bajo la sombra
del paraje criollo,
sollozando por lo reparable
en una quemazón irreparable.

¿En el este uruguayo
cantará para siempre
la calandria de las correspondencias?

Ella es el ave-urna
de un cantar de despojos.
Su enredadera de alas
brota de mi garganta,
y vuela con el destrine del mar.

Junto del árbol-palma
me desmiente el cantar.

Epitafios

1

Con licencia del mar
hizo una cruz de oleajes.

2

Algunas obligaciones
contrajo con el planeta:
no descuidarse nunca del silbido de
un tren en el espacio.
Comparar —siempre— con los ojos
prendidos en fuego,
parajes y desparajes,
con demonios o dioses,
aguas y palmerales.

3

Ha sido mesopotámico-marino de todos los
paisajes.

4

Enterrado lejano entre caballos:
deberás visitar a tus amigos muertos en las
ciudades.
Obedeciendo al llamado de las ciudades vivas
y de las campañas móviles,
trasladarás tu entierro por la doble
comarca.

Cementerio junto a la creciente

Tres o cuatro o cinco esqueletos míos
en el cementerio de la orilla llena
de teros:
el que se une al campo por el esqueleto,
lleno de agua,
de un estero.

Los rostros del peregrinaje vivo de los
muertos dibujan:
al silencio,
al agua del invierno,
y a un tero
que hace destrinar a todos los muertos
de su sueño.

Madre,
padre,
criada,
gauchos bandoleros,
y un harapiento changador alcohólico de la
estación del pueblo,
fijan el desplazamiento de estos huesos
en el cementerio
con alas de agua,
gritos de chajáes,
y de caballos
reclamando,
coléricos,
sus muertos.

Otras apariciones

1

Una mujer sólida y bella como la sombra de los
alcanfores.

2

El hada-yegua de los manantiales.

3

La sangrarada del orgullo, en la eclosión de soles
verdes.

4

¡Con la tigrada, una República!
Reconstrucción junto a las hadas.

5

Jamás, Palmar, pensé que tú podías volverme loco,
en la pequeña hacienda del color, del terror,
y del amor.
Agua y revés de agua y tierra: cielo.

6

¡Lontananza de criollos, subtrópico en la Cuenca del
Plata!

7

¿La poesía? ¿A veces una imagen de narración
para aquello contra lo que se cometió
algún tipo de pecado?

8

¡Escondidos, en la salvatierra de la sangre!

9

¿Me olvidé de la poesía? ¿Ella era una sonrisa
coralina en el fondo de un pantano?

10

Rey de los Pantanos, trenza los cabellos de oro.

11

Pido atención para una fina alargadura de patas de
flamencos sobre un ataúd de oro.

12

El cielo, besando los labios de mujer sangral del
horizonte.

13

El abrazo del corazón del Rey del Pantano a la poesía.

14

La poesía canta en la niveladura de polen enajenante
de unos ojos y unas manos de oro.

Canta el aguacil que olió el aire de todo
el siglo,
volando con el sigilo de la bondad del
cielo.
maravillado por el ala de oro de la torcaza
de la tenacidad
y la amarillita doncella que anda descalza
por la arena,
separando nuestro corazón del diablo.

Oremos, levemente salvajes, por la razón de
oro que se expande desde la muerte
de un caballo.

Otras aguas

A Francisco Travieso

Ellas, destrinándose en un avance real
hacia la coronación.
Acarreando un solo lecho y techo:
techo y lecho de las aguas que se enredan en
la intratransmigración permanente,
en las arenas y pajonales de la resurrección.

Aguas, hembras de los estrellones,
que de la sangre beben otra imagen de
agua,
y un esteral con la mirada de toda el
alba.

¡Agua, oh mujeres, con la sabiduría no-abstracta
de aquellas madrugadas!

La vieja Tenta

A Nydia Rosa Núñez

Yo te contesto, viejo Diablo,
que deambulas por los palmares:
hagamos un poquito de sombra,
para alguien,
amemos a estos árboles,
a estas aguas,
a estos guamparones de novillos,
a estas caballerías de beduinas
fragancias,
a estos talares,
a estos tacuarales,
a estas costumbres
de ir a vivir
o a morir
junto a un gran estero.
Costumbres como de saurios
en llamaradas,
rodando por las aguaradas.

Desensilla tu pobre yegua
desamparada y lobuna,
y canta,
con el sol,
con el agua,
con los muy pobres e inocentes,
viejo Diablo que no te atreves
a cruzar a machetazos mi mirada.

Hermana muerta en su campaña

Entre gauchos te quedaste, hermanita,
y chinas que rezaban en el alba de lujosa
comunión popular:
tristes ariscas, hijas de la poesía,
llenas de flores y duelo de justicia.

Te dejamos en el camposanto de campaña:
un oasis para ti,
entre cruces celestes, coloradas, verdes,
negras, purificadas por las lluvias
y las expurgaciones de las razas
cruzadas en nuestro palmeral.

El pequeño camposanto que tu padre hubiera
querido para él:
empotrado y encadenado como está,
¿por mi ausencia?
en un municipio que no fue de sus gauchos,
ni de sus caballos,
lejos de los rodeos de brutales imágenes
verdes sanguinolentas.

Tú te has quedado muy cercana,
en un ala de palmares
del antiguo
paraje.

Duerme, dorada, el cantar del padre muerto:
en tu sueño y el suyo se llevarán a cabo,
siempre,
las operaciones de coraje de una indivisible
bondad.

Gauchillaje entre demonios, 1944
Revivido en un sueño en 1984

A la memoria de Pedro Liberato Ramírez

Entre pastitos siempre cercanos de aguas
estoy cabalgando con unos pocos gauchos.
Vamos muy lejos
en recoluta de animales alzados.
Es casi el alba
y ya no hay alambrados ni corrales.
Solos, nos persignamos ante un vaho de colores
lujosos de camalotes.
No hay rumores de gallinas caseras,
ni siquiera hay ya Estancia,
la querencia ahora es una amantelada sangre de aguas.
No llueve,
no llovizna,
no es la tarde.
Los rostros de los gauchos se parecen a los rústicos
bozales,
las miradas parecen torvas boleadoras rotas con
mezclas de aguas azafranes.
Canta el gallo del Puesto de los Diablos,
y el Dios Único
en esta alborada de mi noche,
ya no me conoce.

Cuenca del Plata

A Oscar Portela

Señorío, caridad, entresobresí y entre los
hombres.
es decir:
PAISAJE

¿Entenderán esto alguna vez los pretendientes
al trono de paisajistas y cantores
nacionales?

El paisaje es liberal-natural-anterior,
y vuela y nada y canta para más
adelante.

Realidad, tu verdadero poder es la bondad del
agua,
y una cantimplora siempre llena de algún
verde-celeste aguardiente
liberal.

Negro verde

Interrogo al mar.

¿Los pájaros criollos cantarán cuando el mar resucite
emponchados de rebelión y estilo?
¿A mí, el antiguo, lo dejaré en la otra agua?
¿En el río de palmeras de la tierra y del infierno?

¿En el viejo río político, o de troperos, de la sangre
de mi corazón?

Pero interrogo al mar.
¿Al agua en canto y fuego y sin amparo,
al único sueño verde entre los sueños que me
desalberga lejos del palmeral?

¿No tengo ya amparo de Comarca?
¿Todo mi canto nacerá ahora primaveral entre las
aguas-islas rojas y móviles del universo?

Criollo del universo

El blanco océano gira en mi corazón
mientras canta el otro océano de plata amarilla,
que se desprende de las aguas del sol.

Ya es muy tarde para ser sólo de una provincia,
y muy temprano para pertenecer,
todo,
al planeta del venidero y sangrante
resplandor.

Oh, acude a mí, a mi jerarquía de peón del planeta,
gaucho con trenzas de sangre,
mi padre,
y ensíllame el mejor caballo ruano del universo:
para atravesar el agua de oro de la muerte,
y escucharme,
todo,
siempre en ti.

El blanco océano solloza por la inmortalidad.

IMAGEN DEL POETA
1985

A Juan A. Travieso

Imagen del poeta

Diamantes sobre el corazón son las palabras,
atomillos de los diamantes del dios, que se
entrechocan y se destierran en el goce del trino
de todos los terrores.

Recordemos y gocemos, seamos reales para con
el absoluto.

Bebamos tinieblas reyes y huyamos hacia las
resurrecciones.

¿Sólo el poeta podrá desactivar los restos de la
esperanza desesperanzada, rearmarla y
proyectarla en la oscuridad de una nueva
emoción más lúcida, más temible de vida
y en estado de ciencia de coraje y de gloria?

Otra de las misiones del poeta: desprender y
ahuyentar a los muelles flotantes, cargados
de mercaderías de la peste, del desprecio, de
la iniquidad, que flotan junto a los puertos
de las grandes capitales del infierno social.

El poeta es el que alarilea para que se abran
las puertas más reacias de las indivisiones, las
interrupciones, los no-nacimientos a nivel de flor
y agua, las resurrecciones en potencia . . .

Alarileando a los santos del infinito para que
respondan con un despotismo de libertad
glorificada, bebida y bañada en sangre
entre los hombres.

Reclamando un Estado Solar cuyas únicas fronteras
sean marcadas con diamantes de palabras
estiradas, derretidas con fuego de oro filtrado
entre las crines de los más bellos caballos.

Caballos que después empujarán, con sus pechos
sanguíneos de durazno, todas las tranqueras,
para que se abran hacia el agua y el cielo
de toda la divinidad de la materia.

La materia, la poesía, tanto la amontonada y sangral,
como aquella otra separada, fragmentada sobre
la pura transparencia y caridad de un duelo
de cristal.

ÍNDICE

SEIS POEMAS DE ADOLESCENCIA
1942-1947

Velero blanco 11
El niño va a las landas 12
La choza 13
El bosque 14
La profesora de química 16
Las bahías hundidas 17

EL PEQUEÑO PATÍBULO
1954

Amanecer fluvial 21
La selva liviana 22
Rehén de la colina 23
El riesgo de la verdad 24
Lágrimas de un mono 25
Cenit con reportaje 26
Pasajera mulata 27
El tren marítimo 28
Turistas 29
Plaza de viajeros 30
El comercio solar 31
Fuera de horario 32
Los juegos de la playa 33
Turista débil 34
Los peldaños infinitos 35
A un poeta y amante oficial 36
La bella y sociedad 37
Amigos peligrosos 38
El viaje del lobo 39

Arte poética 40
El verdadero país 41
El pequeño patíbulo 42

LAS JAULAS DEL SOL
1960

Los viajes reales 45
Rieles borrados 46
La boca del mundo 47
El patio de la suerte 48
El amor es continuo 49
La tentación y el agua 50
Arte poética 51
El hechizo natal 52
Los nadadores del abrigo 53
Los poetas oficiales 54
La casa de un poeta oficial 55
El asaltante veraniego 56
La puerta de naranjos 57
Sol 58
Almuerzo y gato onza 59
El agua de la selva 60
El alba cálida 61
Estafetas virginales 63
Cartas de invierno 64
Tormenta y servidumbre 66
Almacenero de turistas 67
Doncella bruja 68
La negra y el calmante 69
Canción 70
Los correos natales 71
Las jaulas del sol 73

EL DELITO NATAL
1963

Nueva arte poética 77
Carta de enero 78
Exploración fluvial 81
Arte natal 82
Luna femenina 85
Campesina ebria 86
El paraíso al revés 87
Invasión 89
Terrores coloniales 90
Los jefes de la casa 91
Revolución real 92
Sociedad al natural 93
No hay penitencia 95
Apariciones 96
El bosque 99
Aparición duerme 100

LOS TERRORES DE LA SUERTE
1967

Uno 107
Elmalgarzareal 109
Cartas a poetas, mercaderes y seudoaristócratas de nuestro tiempo 114
La cabaña junto al mar 119

EL ASALTANTE VERANIEGO
1967

Arte poética príncipe y pirata 123

TEMBLADERALES DE ORO
1973

Cementerio amarillo al borde del agua 131
Una reza 132
Madrugada clara 133
La balsa de los colores 134
Tembladerales de oro 135
El canto impopular 136

AGUATRINO
1976

Volantas junto al mar 139
Jarra de vendaval 140
La sombrilla de Edgar Bayley 141
Muerta esmeralda 142
Epitafio 143
El bosque junto al mar 144
Retirada 145
Un aparte para trinos 146
Posta de pajonales 150
Ómnibus azul y saurios 151
Más que a ti 152

LLEGADA DE UN JAGUAR A LA TRANQUERA Y OTROS POEMAS
1980

El tren casi fluvial 155
Sueño con la batalla de Vences Rincón 158
Escritorio criollo y niño ahogado 160
El bayo ruano 164

El bayo ruano 166
Puente Florencia 168
Puente Florencia 169
Mediodía en un remate de hacienda 170
Mediodía en un remate de hacienda 171
Muerte de Luicho Merlo 173
Muerte de Luicho Merlo 174
Arazá-Tî Rincón 175
Arazá-Tî Rincón 176
Canciones para D. H. Lawrence 177
Canciones para D. H. Lawrence 178
Llegada de un jaguar a la tranquera 180
Llegada de un jaguar a la tranquera 181

Otros poemas

Ríos rosados 185
La guerra del Paraguay 186
Madrugada entre caballos 187
Contraamparo 188
La balsa mariposa 189
Notas al texto 194

UNA ACUARELA MÓVIL
1985

Una acuarela móvil 197
Apariciones 198
Palmeras en el agua 200
Trinos blancos o negros 202

RESPLANDOR DE MIS BÁRBARAS
1967-1985

Confusos sueños criollos

El ómnibus azul 211
La ventana fluvial 212
Entierro de los colores 213
Un fuego en el palmar 214
Empalme de caminos 215
Crisanto 216
Musiqueros natales 217
Paso Cabral 218
Función en la campaña 219
Apariciones en un viaje a caballo 221

Cinco homenajes

Aldo Pellegrini 225
João Guimarães Rosa en la muerte 226
Juan L. Ortiz 227
Una palmera entre las rosas 228
Volviendo de la costa 229

Palmares colorados

Palmares colorados 233

El paraíso del estero

Noche esteral 239
El ataúd de oro 240
Albardones 241
Canoa y bruja blanca 242

El paraíso del estero 243

Cuenca del Plata

Jinetes en el palmar 247
Contradegüellos 248
Resplandores 249
Correspondencias 251
Epitafios 252
Cementerio junto a la creciente 253
Otras apariciones 254
Playa de aire y oro 257
Otras aguas 258
La vieja Ţenta 259
Hermana muerta en su campaña 260
Gauchillaje entre demonios, 1944 261
Cuenca del Plata 262
Negro verde 263
Criollo del universo 264

IMAGEN DEL POETA
1985

Imagen del poeta 267

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de enero de 1988
en los Talleres Gráficos CARBET
La Rosa 1080 - Adrogué, Buenos Aires